

Familias, familias y familias



Descubre qué
tipo de familia
es la tuya

PDF

René Peñalba

Familias, familias y familias

Derechos Reservados

©René Peñalba

Arte y diseño

Heber Peñalba

Las citas bíblicas, excepto las indicadas, fueron tomadas de la Nueva Versión Internacional, NVI.

Primera edición

Julio 2016

Impreso en Honduras

Editado por



ÍNDICE

Introducción

Primera parte
Qué es una familia

Segunda parte
Cambios en el concepto de familia

Tercera parte
La Comunicación en la familia

Cuarta parte
La familia como Proyecto de Vida

Introducción

La situación de la familia de hoy y sus desafíos no se pueden describir de modo simple y sencillo con cuatro palabras. Es compleja.

Pero aunque la situación de la familia muestra profundos deterioros, y tal vez deba enfrentarse con una nueva serie de desafíos, debemos decir que un porcentaje importante de familias, responden a su vocación en esta institución que Dios diseñó. Hacen realidad aquí y ahora el principio. Porque si le planteáramos a Jesús, los errores y horrores de la familia en la actualidad, Él nos contestaría: “Al principio no fue así” (Mt 19, 8).

Observamos una creciente fragilidad en la familia, y no están ausentes problemas, tensiones y dificultades que suelen llevar a la destrucción (separación-divorcio) de la familia. En América Latina, lamentablemente, es alta la proporción de quienes viven en uniones de hecho.

Hoy en día se observa que los jóvenes se acercan al matrimonio cada vez más grandes de edad y además,

es necesaria una mayor preparación para evitar el fracaso, dado que la familia está amenazada y se le valora y defiende menos en la sociedad actual.

Algo positivo es la exigencia de una mayor comunicación de los esposos, una mejor dinámica de diálogo entre los padres y los hijos, y una igualdad fundamental reconocida en la dignidad de ambos esposos. No cabe la menor duda de que, en general, se valora más a la mujer, aunque el "machismo" sigue demasiado arraigado en algunos ámbitos de Latinoamérica.

No podemos dejar de señalar un factor negativo, diría más, uno de los mayores problemas, el cual proviene del trabajo (entiéndase obligado) de la mujer fuera del hogar, lo que reduce el tiempo de convivencia, de diálogo, de tiempo ofrecido a la dedicación y educación de los hijos, fenómeno que amenaza de modo creciente a los diversos países de Latinoamérica. Debemos señalar también, como algo negativo, que aparece un cierto temor a la maternidad y a la paternidad.

También es importante señalar el fenómeno de la migración que aísla a la familia, la separa de su cultura, genera distancia con la familia grande. En las mismas ciudades la distancia afecta a las familias, dificulta sus relaciones.

Ante una familia amenazada, el cristiano está invitado a ser profeta de esperanza. Las amenazas son desafíos a los que hemos de responder en la fe.

Frente al mundo sumergido en tinieblas, que quiere llevar al mismo ámbito a las familias, la más pequeña de las lucecitas de la Palabra de Dios se vuelve faro, lucero, horizonte de esperanza.

Cuando se nos conduce a apagar la vida, el más

pequeño gesto de solidaridad y caridad, el más pequeño gesto de generosidad y entrega en la promoción y cuidado de la vida, se transforma en un gran aliento para que brille la vida.

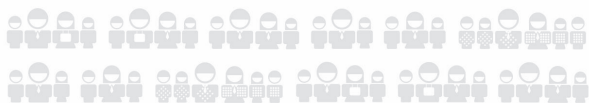
El más pequeño gesto de humildad en contribuir a que todos descubramos al Padre de los cielos como Padre de todos, se transforma en la más grande piedra sobre la cual podremos construir una humanidad nueva. El más simple gesto de amor en una familia aporta a construir la civilización del amor.

Crear en la familia es construir el futuro, lo sabemos, el futuro de la humanidad se fragua en la familia, por esto sabemos que hoy más que nunca la sociedad necesita familias sanas, sabemos que Dios no es una soledad sino una familia, cada familia es signo y reflejo de Dios en la tierra, sabemos que cuidar a la familia es cuidar el rostro de Dios en nuestro mundo.



Primera parte

El concepto de familia



¿Qué es ser familia?

El concepto -y más que el concepto- la experiencia de familia es tan antigua como la humanidad misma. No obstante, el que sea tan cercano para nosotros como término y como experiencia, no garantiza que estemos realmente compenetrados con la esencia de este vocablo y con todo lo que significa y representa. Por consiguiente, vale la pena que exploremos las distintas visiones y conceptos de lo que es y significa la familia.

Familia no es solo un grupo de personas con determinadas funciones y papeles. Una casa puede albergar gente bajo su techo, y no obstante, esas personas no constituir una verdadera familia. En consecuencia, familia es más que solo gente conviviendo junta; tiene que ver con otros factores.

Esta desubicación generalizada en cuanto a lo que es la familia, se debe en gran medida a la época en que vivimos. Hoy día, la gente ve los valores tradicionales y cristianos como obsoletos, como cosa relativa, subjetiva y pasada de moda; como algo totalmente irrelevante para la vida del posmodernismo actual. En pocas palabras, la gente del siglo XXI trata con muy poca o ninguna consideración los conceptos y modelos absolutos. Ello da pie a la formulación de

nuevos moldes y patrones que se ajusten más a la nueva y elástica mentalidad y moralidad de la gente.

Contrario a esta nueva manera de pensar, tenemos las palabras de Abraham Lincoln, quien dijo una vez, "La fortaleza de una nación está en los hogares de su gente". Pero formas de pensar y creer como ésta, están siendo sustituidas por una nueva tolerancia moral y ética que erosionan las bases de la familia.

Muchos padres y madres de familia tienen poca o sencillamente ninguna idea sobre cómo mantener un matrimonio exitoso, y de cómo criar a sus hijos de manera que lleguen a ser adultos responsables. Además, un número cada vez mayor de educadores, políticos, gente influyente del arte y la cultura, así como medios masivos de comunicación, están atacando y redefiniendo la familia, provocando una verdadera confusión sobre lo que es la familia.

¿Qué es la familia? Pregunta nada fácil de responder, pues en las últimas décadas son variadas las formas en que ésta ha sufrido cambios que la hacen compleja y a la vez interesante.

La familia constituye el núcleo de la sociedad, representa el tipo de comunidad perfecta, pues en ella se encuentran unidos todos los aspectos de la sociedad: económicos, jurídicos, socioculturales, etc.

Son muchas las definiciones que hay de familia, pero la mayoría plantea que es la estructura social básica donde padres e hijos se relacionan. Esta relación se basa en fuertes lazos afectivos, pudiendo de esta manera sus miembros formar una comunidad de vida y amor. Esta familia es exclusiva, única, implica una permanente entrega entre todos sus miembros sin perder la propia identidad.

Entendemos de esta manera que lo que afecta a

un miembro afecta directa o indirectamente a toda la familia; por ello entonces es que hablamos de sistema familiar, de una comunidad que es organizada, ordenada y jerárquica y muchas veces relacionada con su entorno.

La familia es una institución que influye con valores y pautas de conducta que son presentados especialmente por los padres, los cuales van conformando un modelo de vida para sus hijos, enseñando normas, costumbres, valores que contribuyan en la madurez y autonomía de sus hijos.

Influyen sobremanera en este espacio la religión, las buenas costumbres y la moral en cada uno de los integrantes más pequeños. Por ello, los adultos, los padres, son modelos a seguir en lo que dicen y en lo que hacen. La importancia de valores morales como la verdad, el respeto, la disciplina, la autonomía, etc., hace que los hijos puedan enfrentar el mundo que les rodea de manera madura y protagónica.

La familia es un hecho social universal, ha existido siempre a través de la historia y en todas las sociedades. Es el primer núcleo social en el cual todo ser humano participa. Para su constitución requiere del encuentro y relación de un hombre y una mujer que quieren unirse, en un proyecto de vida común, mediante el afecto entre ellos o hacia los hijos que surgirán de su relación.

La familia está orgánicamente unida a la sociedad, en este sentido, transforma la sociedad, es revolucionaria al provocar cambios sustanciales. En la familia se hacen ciudadanos, y éstos encuentran en ella la primera escuela de las virtudes que engendran la vida y el desarrollo de la sociedad, constituyendo el lugar natural y el instrumento más eficaz de humanización

de la sociedad; colabora de manera original y profunda en la construcción del mundo, haciendo una vida propiamente humana, en particular protegiendo y transmitiendo las virtudes y valores.

Está fundada en el amor, y esto es lo que mueve a todos sus miembros a construir día tras día una comunidad siempre renovada, en la cual todos tienen igual dignidad e importancia; el amor hace que la unidad familiar se dé, basándose en la entrega de cada uno en favor de los demás. Es por ello que la familia es el lugar por excelencia donde todo ser humano aprende a vivir en comunidad con actitudes de respeto, servicio, fraternidad y afecto.

La familia se considera como la unidad social básica, donde el individuo se forma desde su niñez para que en su edad adulta se conduzca como una persona productiva para la sociedad donde se desarrolla.

Ser familia es nacer en acompañamiento

Nadie nace de la nada y es concebido de la nada. Todos los seres humanos somos concebidos y nacemos del encuentro físico-sexual-emocional de dos personas. Y el círculo mínimo en el que nace cada persona consta de tres individuos: el padre, la madre y quien nace en condición de hijo.

Eso ya indica en mucho la naturaleza de la familia. Familia es compañía, familia es varias personas conviviendo juntas y compartiendo vida, relación, experiencias y sentimientos.

¿Qué pasa con un recién nacido caído en el abandono y la orfandad? De no ser recogido y acogido en un marco de cuidados, amor y aceptación, seguramente morirá. Eso indica con toda claridad que

nacemos para estar con otros, para recibir cuidado material y afectivo, recibir y dar afirmación, estima y significado. De ahí la importancia de no fragmentar ni dividir ese primer núcleo humano que es la familia.

Ser familia es vivir en relación y compañía de otros

Así como no nacemos ni surgimos a la vida de la nada, tampoco vivimos para estar en soledad, en incomunicación, como islas humanas.

Nacemos para convivir con otros; para hallar en la relación con otros, quienes somos y qué valor poseemos.

Por esta verdad es que, cuando el individuo se torna o las circunstancias lo tornan solitario, aislado y segregado, carece por esa causa de toda posibilidad de ser feliz. No en vano expresa la Biblia que “No es bueno que el hombre este solo”.

Curiosamente, esta declaración surge, no precisamente porque no hubiese vida alrededor del primer ser humano creado por Dios. Claro que había de todo: Vida animal, vida vegetal, vida en los aires y vida en el mar. Lo que no existía además de Adán era vida humana. Por eso la expresión “No es bueno que el hombre este solo”. Un claro indicativo de que el ser humano no nace para la soledad sino para relacionarse con otros semejantes a el, primordialmente.

Por esta indiscutible y urgente necesidad Dios dijo “Haré ayuda idónea para el hombre”. El término “idóneo” significa básicamente “uno semejante a”. Por ello Dios hizo a Eva como la segunda creación humana.

Ser familia es hallar sustento psicológico, animico y existencial en las personas inmediatas del hogar y la familia

En otras palabras, necesitamos de otros, así como los otros necesitan de nosotros en lo personal.

Nótese el vocablo usado: Sustento. ¡Vaya palabra! Sustento es comida y bebida; es respirar, es estar sanos. Bueno, precisamente, sustento es lo que hallamos en los que nos rodean.

Por supuesto que hay quienes -y no son pocos- los que opinan y sienten todo lo contrario: que los demás son razón de amenaza y de riesgo. Pero tal concepto solo emana de personas que tradujeron negativamente alguna experiencia difícil que les llevó a creer y a pregonar que los humanos solo servimos para hacernos daño mutuamente, y que si hay algo de qué cuidarse, es precisamente de quienes nos rodean, cercanos y lejanos. Triste y errónea manera de pensar.

Ser familia es contar con un entorno familiar en donde obtener la sensación de ser alguien

En el hogar y en la familia es donde “te hacen o te deshacen”. En la familia es donde obtienes la sensación de ser alguien o de no ser nadie. En la familia es donde encuentras o pierdes tu valor. Por consiguiente, la familia puede como experiencia ser tan buena o tan mala, dependiendo de los elementos que se conjuguen en ese contexto.

Tan importante es ese entorno, que así como se invierte en procesos educativos escolares y universitarios, así se debiera invertir por parte de las sociedades en el fortalecimiento de ese lugar y experiencia crucial para el humano: ese escenario llamado familia.

Entonces, familia es el círculo relacional donde se nace, se encuentra significado, afirmación y sentido de destino. Sin ello, el ser humano está perdido dentro de su propia existencia.



¿Hay un solo tipo o modelo de familia?

Esto es importante de responderse, porque muchos piensan que solo hay un tipo de familia y lo demás es algo total y absolutamente excluyente. Pero la realidad es otra. Claro que hay varios tipos de familia, y estos surgen de las distintas experiencias humanas que dan origen a diversos modelos, que aunque no son el modelo “original”, no por ello son ilegítimos.

También estos distintos ensamblajes de relación familiar son resultado de las muy variadas combinaciones de personalidades, estados mentales y anímicos, así como de los distintos rasgos temperamentales de los distintos individuos que los conforman.

Ofrecer una definición exacta sobre la familia es una tarea compleja debido a enormes variedades que encontramos y al amplio espectro de culturas existentes en el mundo. La familia ha demostrado históricamente que es el núcleo indispensable para el desarrollo de la persona, la cual depende de ella para su supervivencia y crecimiento.

No se desconoce con esto otros tipos de familia que han surgido en estas últimas décadas, las cuales

también enfrentan desafíos permanentes en su estructura interna, en la crianza de los hijos, en su ejercicio parental o maternal. Por mencionar algunas, la familia de madre soltera, de padres separados, de casados en segundas nupcias, las cuales cuentan con una dinámica interna muy peculiar.

¿Qué tipo de familia es la suya?

La familia nuclear. Es la conformada por el padre, la madre y su descendencia. Se puede decir que ésta encarna el típico concepto y visión de una familia.

Sin embargo, cabe aclarar, que el hecho de que un núcleo familiar esté constituido por estos tres elementos (padre, madre e hijos), no significa que por ello funcione a la perfección.

¿Cuánta dispersión, frustración y desunión hay en personas que nunca se separarán por diversas razones, pero que a la vez, vivirán vidas miserables aunque conceptualmente conformen el grupo ideal de una familia nuclear?

La familia con padres separados. Compuesta por padres que se niegan a vivir juntos, aunque siguen cumpliendo con la responsabilidad de la maternidad y paternidad ante sus hijos.

Este modelo es producto del divorcio, que ha cobrado víctimas por millones, al grado que los “hijos del divorcio” representan índices importantes en la sociedad contemporánea.

Lo anterior significa que lo que en el pasado era

un estigma (ser hijo de padres divorciados), hoy se ve con bastante naturalidad y tiene total aceptación en la sociedad; de tal modo es esto así de real, que vivir con uno solo de los progenitores es algo bastante común y natural en nuestra época. Prácticamente ya a nadie le produce rubor o vergüenza el que sus padres se hayan separado.

La familia monoparental. Es la familia constituida por los hijos y uno solo de los padres o progenitores.

Este modelo de padres y madres solteros, también ha venido a ser totalmente normal y aceptado por todos. Se sabe y se dice que no es lo ideal, pero son tantos los que logran hacerlo de manera exitosa y provechosa, que han terminado obteniendo la admiración de la gente, tornándose en una especie de héroes, por haber logrado constituirse en “padre y madre” para sus hijos.

Que tiene y tendrá repercusiones negativas, sobre todo en los hijos, está completamente garantizado. La falta, por ejemplo, de la figura paterna, ejerce un efecto negativo en los hijos. Este es un asunto científicamente comprobado.

Los hijos que viven en compañía de uno solo de sus progenitores, adquieren un grado de disfuncionalidad para relacionarse y los vuelve proclives al divorcio cuando llegan a la edad adulta.

Imaginemos el efecto multiplicador de esa disfuncionalidad a nivel social y relacional. Prácticamente pone la sentencia a la dicha matrimonial futura y por ende a la vida familiar.

Los problemas más comunes que se suele encontrar en este tipo de familias son problemas económicos, alardes por sentirse excesivamente cargado de

responsabilidad del progenitor que está al frente, dificultades de emancipación de los hijos, problema de conductas en los hijos, etc.

La familia monoparental resulta más afectada por el entorno. Las actitudes y condiciones de la escuela, trabajo, sociedad, repercuten con más intensidad dentro del hogar.

Asimismo, las tareas familiares se establecen en relación con las necesidades reales, y no preconcebidas: son tareas que realmente necesitan realizarse, en lugar de tareas asignadas, se dan otras para enseñarle al hijo como se hacen. Es un solo adulto el principal responsable de conservar a la familia, cuidar a sus miembros y mantener el orden, aunque en ocasiones se relacionen como compañeros.

La familia ensamblada. La familia ensamblada reúne a los agregados de dos o más familias, como en los casos en que una madre divorciada, o madre soltera, se casa con un padre viudo o divorciado que también tiene hijos de su anterior matrimonio. Son aquellas familias compuestas por adultos divorciados y/o separados en los cuales tienen cabida los hijos menores o adolescentes de cada uno de ellos.

Cuando dos personas vuelven a vivir en pareja, se puede afirmar que se estará comenzando a recorrer un camino que muy posiblemente incluirá situaciones difíciles, especialmente en sus inicios. Las relaciones son mucho más complejas que las tradicionales, puesto que lógicamente se presentará aquí la interacción de las personas, cada una de ellas con vidas pasadas diferentes.

La llegada de un nuevo hijo a la familia ensamblada, podría unir a la familia, ya que el bebé será algo que

todos tendrán en común. Estas son las familias de las que se dice popularmente “los míos, los tuyos y los nuestros”.

Durante los primeros momentos, será muy importante que la disciplina y el orden de la casa sean aplicadas por el adulto, ya que es importante que los chicos sepan que la autoridad continuará partiendo de los adultos, y no de los chicos. Para esto, será fundamental que los nuevos cónyuges acuerden entre sí qué tipo de arreglos impondrán, pero si el niño tiene más de cuatro o menos de 21 años, se produce un choque increíble.

Esta nueva relación hará que toda la familia pase por un proceso integrador, por un compromiso pleno de igualdad para todos o posición periférica, que debe ser decidida antes de que se casen.

Los hijos demandarán atención del padre natural. El padre natural, sufre de conflictos de lealtades, esto sucede cuando no hay roles claros.

El niño puede sufrir crisis de rebelión, conducta opositora, desadaptación social y en la escuela, etc. El niño tiende a hacer alianzas momentáneas y convenientes: niño-nuevos hermanos, niño-hermano específico, niño-padre natural, niño o niña-madrastra o padrastro según su conveniencia.

Aunque el modelo de familia ensamblada se ve con suficiente frecuencia, lo complejo de las relaciones familiares en este contexto, hace que cada vez haya menos personas interesadas en este molde, ya que los índices de éxito parecen ser bajos en verdad; esto debido a una causa: si ya de por sí es sumamente difícil lidiar con la crianza y formación de hijos propios, cuánto más difícil se hace lidiar con hijos ajenos, los que conceden poco espacio e injerencia a aquellos a

quienes no reconocen como sus propios progenitores.

La familia ensamblada no parece tener un gran futuro dentro de la colectividad humana.

La familia homoparental. Se forma por una pareja compuesta por personas del mismo sexo (hombres o mujeres) quienes, mediante la adopción, la inseminación artificial o la maternidad subrogada se convierten en padres.

Este modelo tiene dos reacciones totalmente opuestas. Por un lado, goza con más y más frecuencia del apoyo de los gobiernos, los que legislan con agrado a favor de legalizar los matrimonios homosexuales, incluyendo la facultad jurídica de adoptar hijos.

Por el otro lado está la reacción totalmente contraria de los grupos que defienden la familia como concepto universal, en el que no cabe una idea y práctica de familia que no sea entre personas de sexo o género diferente; es decir, hombre y mujer.

El debate es cada vez más intrincado, sobre todo por parte de los círculos cristianos y devotos a la Biblia, los que definen el matrimonio entre personas del mismo sexo como una aberración del concepto dado por Dios para la familia en su libro sagrado, la Biblia.

Los defensores del matrimonio gay, argumentan cada vez en voz más alta. Esto se debe al tremendo apoyo que reciben por parte de los políticos y la gente del mundo del arte, el cine, la moda y la televisión. De tal manera que hoy día es "cool" ser gay, y el serlo añade valor agregado a la personalidad de hombres y mujeres, sobre todo en el mundo del arte y la moda, así como en el de las comunicaciones de masas.

Aun en contextos donde era impensable la admisión de personas de tendencia gay, como son el ejército y

el deporte, cada vez se ven más personas admitiendo su condición gay. Esto con el aplauso y la admiración de la sociedad en general.

La gran interrogante que queda en el aire es doble: ¿Se estará ofendiendo a Dios con este modelo emergente de familia homoparental? ¿Cuál será realmente el producto final en los niños que crezcan en esa atmósfera? Es decir, ¿serán literalmente inducidos a adoptar una conducta homosexual? ¿Sufrirán traumas por esta causa? Las opiniones abundan en sentidos totalmente opuestos.

La familia extensa. Incluye abuelos, tíos, primos y otros parientes consanguíneos o afines. Este modelo era común en épocas pasadas en las que los lazos de familiaridad eran más fuertes que hoy día.

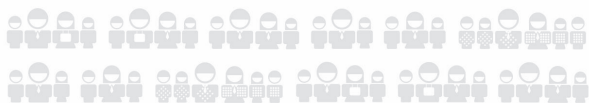
El casi desaparecimiento de la familia extensa se debe a múltiples factores: El fenómeno de la migración del campo a la ciudad, la migración entre países; éstas básicamente por razón de subsistencia económica. También se debe al factor tiempo -el que cada vez ajusta menos- dejando cada vez menos oportunidades para cultivar la relación con otros familiares más allá del círculo básico.

El desapego a la familia extensa también es debido al cambio de roles en la familia tradicional. Mientras antes el padre asumía el papel de proveedor, ahora prácticamente la familia entera tiene que asumir parte de esta responsabilidad, lo que deja como saldo el que pasen más tiempo en la calle y poco tiempo en el hogar.

A mi parecer, el modelo de familia extendida se ve más en las zonas rurales, donde, de alguna manera, el tiempo transcurre más lentamente y donde las

personas tienen más posibilidades de tener más cercanía e intercambio. El simple hecho de no tener un televisor en una familia rural, suma mucho en términos de relación, interacción, intercambio y conversación.

El otro escenario donde suele verse todavía presente la experiencia de familia extensa, es en las zonas de la ciudad más carenciadas. ¿Por qué? Porque allí, por razones económicas se tienen que juntar tíos, primos y otros familiares, quienes, ya sea porque emigraron del campo a la ciudad, vinieron a vivir con otros familiares lejanos; o por simple asunto de poco dinero para pagar por más espacio, a mucha gente no le queda más remedio que hacerse un nudo y vivir juntos, constituyendo de ese modo una familia extensa.



Modos de ser familia

¿Cómo es su familia?

Además de los distintos modelos de familia, hay que incluir los modos o maneras de ser familia. Dentro de esos modos de ser familia, se pueden incluir una variedad, entre los que se cuentan los siguientes.

Familias rígidas. Son los entornos familiares con pesadas reglas en donde se asignan roles de manera impositiva. Estas familias están integradas por buenas personas que han tomado la rectitud y la virtud como los principales asideros en la conducción de ese hogar y en la formación de los hijos.

Los padres brindan un trato a los niños como de adultos. No admiten el crecimiento de sus hijos. Los hijos son sometidos por la rigidez de sus padres siendo permanentemente autoritarios.

Lo contradictorio en este contexto de familia es que en nombre de tan altos ideales provocan un ambiente restrictivo, exigente, en el que lo primordial es cumplir las reglas de la rectitud y la virtud, al precio de renunciar a lo afectivo-emocional.

El resultado es una familia rígida, sin calor, en donde la gente cumple, pero en un ambiente de tristeza y sin

el mínimo de libertad, sobre todo en los hijos que son las víctimas finales de esta clase de rigidez afectiva, que solo cuenta y contabiliza el cumplir reglas y órdenes.

Familias sobre protectoras. Preocupación por sobreproteger a los hijos. Los padres no permiten el desarrollo y autonomía de los hijos. Los hijos no saben ganarse la vida, ni defenderse, tienen excusas para todo. Los padres retardan la madurez de sus hijos y al mismo tiempo, hacen que estos dependan extremadamente de sus decisiones.

La protección es parte de los cuidados esenciales en una familia. Pero cuando esa protección tiene de fondo las inseguridades y nerviosismo de padres y madres, se torna en algo completamente diferente y opuesto.

El sobre proteccionismo impide el crecimiento de los hijos y se torna además en una camisa de fuerza. Lo que hay detrás de esta condición es, por un lado, un amor que cree, erróneamente, que su principal papel en esa relación es velar por que nada malo acontezca a los que se ama. El problema con esto es que se tendría que ser Dios para poder garantizar tal cosa.

Por otro lado, hay de fondo la percepción de incapacidad e indefensión ante la vida en los que se ama, sean estos hijos o cónyuges. Al igual que en el aspecto anterior, hay de fondo una distorsionada visión de la familia.

Se debe decir que las experiencias un tanto negativas ayudan a la gente a crecer; y en tanto una experiencia o situación no sea altamente riesgosa y destructiva, puede aportar experiencia, madurez y crecimiento. Por consiguiente, el sobre proteccionismo no es

más que un tapón que impide el libre fluir de las experiencias en la familia.

Familias centradas en los hijos. La conforman en principio aquellos progenitores que se negaron a seguir viviendo como pareja; es decir, olvidaron que son cónyuges de alguien más y se dedicaron a ser padre o madre de manera exclusiva y excluyente. Este tipo de padres, busca la compañía de los hijos y depende de éstos para su satisfacción. En pocas palabras “viven para y por sus hijos”.

Se ve tan bonito y parece bien dedicarse por entero a los hijos; pero ello hará languidecer otros aspectos de la vida en familia como son la relación conyugal y la priorización de la intimidad de la pareja como tal.

Pregunto: ¿Al concebir hijos, se tiene que renunciar a ser hombre y mujer con necesidades sexuales y afectivas? ¿O es que la maternidad o la paternidad son una especie de castración de las personas?

En esto he visto dos extremos: las parejas que se dedicaron solo a ser padre o madre; y las parejas que solo quisieron ser cónyuges y nunca tomaron en serio el papel que la paternidad y maternidad exige.

No es fácil conseguir el balance necesario, sobre todo cuando los hijos están en etapa infantil, la cual demanda más de lo que la pareja asume y espera. De ahí que aquellos que ya cuentan con hijos suficientemente adultos son los que tienen mejores condiciones para lograr ese ansiado balance.

No obstante, en toda etapa de la vida de la pareja, se debe ir en pos del balance entre ser padres sin descuidar las necesidades que tienen esos progenitores, que siguen siendo cónyuges y pareja. Caer en tal descuido, puede dar pie a infidelidad

conyugal, a conductas escapistas y a adicciones como el alcoholismo y la pornografía.

Familias centradas en el trabajo. Éstas son el resultado de no contar con recursos suficientes, lo que obliga a hacer doble esfuerzo y aun así, no se logran pagar exactamente todas las cuentas al final del mes.

También son estas familias producto de la inhabilidad de valorar algo más que solo el trabajo; y para que eso pase, no necesariamente tiene que haber carencias económicas o materiales. Muchas personas son verdaderos “trabajohólicos”, que lo hacen más por obsesión que por necesidad.

Es una familia donde ambos padres viven intensamente ocupados en actividades de afuera; a pesar de que sus finanzas son productivas, dejan el hogar emocionalmente estéril. Raras veces puede ocurrir que estos padres conserven un hogar emocionalmente sano; si bien la calidad de la relación entre los progenitores y los niños es más importante que la cantidad, cuando ambos padres trabajan, muchas veces queda poco tiempo o energías para dedicarles a sus hijos.

Con frecuencia los padres trabajan para adquirir más lujos, otro automóvil, un televisor más grande o alguna otra cosa, regidos por estas ganancias materiales. Raras veces contribuyen a favorecer el desarrollo emocional de los hijos, a los cuales abandonan en la compañía de otros adultos, quienes no presentan interés emocional en su formación.

Los padres se cansan, viven agotados e irritables, y eventualmente empiezan a demandar a los niños la misma sombría dedicación al trabajo que ellos tienen.

En estas familias por lo general se piensa que lo mejor

que se les puede heredar a los hijos es “enseñarles a trabajar”. Y no es que trabajar sea malo o amenazante para la paz de los hogares. Por supuesto que no. Lo que sucede es que, como todo, cuando algo se lleva o hace de forma desmesurada y descuidando otros asuntos de igual importancia, se cae en el desbalance.

En mi experiencia pastoral, he visto familias con limitados recursos materiales, y aun así, viviendo maravillosas experiencias como familias. Y también he visto familias con abundancia de recursos, viviendo vidas miserables, todo por no haber descubierto que las mejores cosas, no son las que se venden en las tiendas; que las mejores cosas en la vida son gratis.

Familias materialistas. Son una variación de las familias centradas en el trabajo, con la diferencia de que esta última no necesariamente valora el trabajo, pero si las cosas materiales. Dicho de otra manera, son familias que aman las cosas que se compran con el dinero que reporta el trabajo, aunque no amen trabajar.

Los humanos somos entes materiales, pero no solo materiales. El ser humano es una entidad tripartita: es espíritu, alma y cuerpo. Dentro de sus necesidades están las necesidades materiales (qué comer, qué beber, qué vestir); pero además, tenemos necesidades en los otros órdenes citados, y éstas no son menos importantes, solo por ser intangibles o inmateriales.

Criar y formar una familia implica el compromiso de dotar o suplir para necesidades en estos tres niveles, será un error que se lamentará con creces, enseñar a los hijos que solo lo material cuenta. Ello dejará hondos vacíos existenciales que luego no serán fáciles de suplir.

Por tanto materialismo que impera en el seno familiar, es que hay tantos chicos que vagan por la vida hambrientos y sedientos de un algo más, sin tener una pista siquiera de dónde encontrar ese otro sustento, que es el nutriente emocional y espiritual que nunca conocieron, porque nunca lo recibieron.

Familias centradas en el orden y la disciplina. Quienes producen este modelo de familia, por lo general, son las personas entusiastas por la puntualidad, el orden y el programa. En otras palabras, lo producen las personas perfeccionistas.

Ser perfeccionista es lo que más anhelan los desordenados que nunca cumplen las cosas de manera puntual y completa. De lo que no se dan cuenta es de que el caos puede provenir de ambos extremos: del desorden extremo o del perfeccionismo extremo. Ambos son perjudiciales para el desarrollo normal y balanceado de la familia.

Familias permisivas. Son aquellas con ambiente laxo, sin forma y sin marcos de referencia. En este tipo de familia el ambiente se caracteriza por la total ausencia de disciplina. Allí la norma es que todos se sientan bien, no poner presión a nadie y restar importancia a lo que verdaderamente lo tiene y reclama.

La permisividad es una especie de cultura del falso optimismo, que adopta la falsa expectativa de que “todo estará bien”, aunque no se haga nada para que así sea. Es decir, itodo estará bien, porque eso esperamos!

En este tipo de familia, los padres son incapaces de disciplinar a los hijos, y con la excusa de no ser autoritarios y de querer razonarlo todo, les permiten

a los hijos hacer todo lo que quieran. En este tipo de hogares, los padres no funcionan como padres ni los hijos como hijos y con frecuencia observamos que los hijos mandan más que los padres. En caso extremo los padres no controlan a sus hijos por temor a que éstos se enojen.

Pero, debemos ver la permisividad como una manifestación de descompromiso y de haber roto los lazos de la responsabilidad para con quienes amamos. Aunque no suena del todo bien, todavía es verdad que “quien te ama, te aporrea”, versión empírica de lo que dice en la Biblia, que “El padre corrige al hijo que ama”, y que “El que no recibe disciplina no es hijo, sino bastardo”; que carece de verdadero progenitor que vele por su correcto desarrollo y desempeño.

Esto solo puede significar que ser permisivo es solo una evidencia de desamor!

Familias inestables. Este tipo de familia es producto de la inestabilidad de al menos de uno de los esposos y padres. Inestabilidad que puede ser emocional, psicológica, espiritual, relacional, etc.

Las familias inestables, a diferencia de las permisivas, producen ambientes complejos en los que esa inestabilidad se convierte en pleitos, rencores, amargura y resentimientos que echan al traste los mejores deseos por el bienestar y la tranquilidad.

La familia no alcanza a ser unida, los padres están confusos acerca del mundo que quieren mostrar a sus hijos por falta de metas comunes, les es difícil mantenerse unidos resultando que, por su inestabilidad, los hijos crecen inseguros, desconfiados y temerosos, con gran dificultad para dar y recibir afecto, se vuelven adultos pasivos-dependientes,

incapaces de expresar sus necesidades y por lo tanto frustrados y llenos de culpa y rencor por las hostilidades que no expresan y que interiorizan.

Este tipo de familia presenta una gama de expresión emotiva más amplia de lo común. Cuando el niño o el adulto permanecen en un medio compuesto por individuos similares, su ajuste parecerá adecuado, pero cuando los niños establecen contacto con otras personas cuyos antecedentes son más maduros y no reflejan estas turbulencias emocionales, no se podrán ajustar cómodamente.

En su dinámica, todos, padres y niños por igual, dan rienda suelta a sus emociones en mayor medida de lo común. Si los padres enfurecen entre ellos, expresan abiertamente sus resentimientos con sonoros insultos. Todos los sentimientos se expresan libre y excesivamente, inclusive el amor, la depresión, la excitación y la ira.

Los niños nacidos en una familia así, aprenden al poco tiempo a gritar para hacerse oír, presencian violentas discusiones entre los padres y en ocasiones hasta fuertes golpes.

En consecuencia, copian este comportamiento y en la juventud no están preparados para tratar con personas ajenas a su situación hogareña, ya que son emocionalmente volubles según las normas del mundo externo.

En este tipo de familia, los miembros creen que por medio de la violencia se puede ejercer el respeto. Un niño en edad preescolar es una especie de monstruo que no acepta las reglas. Cuando se sale de sus casillas el niño siente que va a explotar por sus ojos y su cuello.

Todo el enojo lo desplaza hacia objetos y/o hermanos/ padres. El niño hace una alianza con uno

de los padres o con otro hermano, o puede también hacer alianza con otro padre, siempre y cuando le convenga.

No se respetan las reglas en el hogar, los padres se descalifican entre sí, no hay coherencia entre las reglas y las actitudes de la familia, el niño se siente maltratado por eso busca una alianza. Hay carencia de afecto y comunicación.

Los padres se mantienen en conflicto ya que quieren tener control sobre uno de sus hijos, sin embargo la dinámica familiar no ayuda a que los hijos respeten a los padres.

Familias inestables las hay por doquier, debido a los negativos ambientes que han permeado a la sociedad total. Y si hay vocablo que describe la condición del mundo en que vivimos es precisamente, la inestabilidad.

¿Que producen las familias inestables? ¡Solo más inestabilidad! Hijos inestables, relaciones inestables, atmosfera inestable, presente inestable y futuro inestable.

Familias espiritualistas. Como notará, describo este modelo de familia como “espiritualista”, y no como espiritual.

Lograr la suficiente y necesaria espiritualidad es prioridad en la vida humana; pero hay quienes trastocan tanto la espiritualidad que la convierten en mero espiritualismo, que no es más que el resabio de pasar todo por el cedazo de los temas espirituales, con lo que olvidan que hay asuntos que pertenecen nada más que al nivel natural, físico o material de la vida.

Se puede ser espiritual de dos maneras: alcanzando la espiritualidad legítima y verdadera, o cubrirse de

un manto de espiritualidad que, más que nada, es religiosidad sin fondo. Solo mera actuación religiosa.

Los religiosos, por llamarlos de alguna manera, se mueven en “el tercer cielo”; no comprenden ni mucho menos aceptan las cosas de este mundo. Son los que prefieren preparar a los hijos para el cielo, pero no para esta tierra y para este mundo.

Hay un diagnóstico seguro para quienes padecen de esta condición: Están alienados y están alienando a sus hijos.

¿Qué es estar alienado? Es producir limitación de la personalidad; es provocar una clase de enajenación al punto de experimentar la pérdida de la propia identidad. Es decir, es el condicionamiento de la personalidad mediante imposiciones, que pueden ser abiertas o completamente sutiles. Pero imposiciones, a fin de cuentas.

Con estos criterios no quiero perturbar ni tampoco irrespetar las creencias y valores de los cristianos. Yo mismo me defino como cristiano, pero intento vivir el cristianismo de manera real y práctica a la vez.

Me explico: Quiero ser un creyente con la fe puesta en el cielo y los pies en la tierra. ¿Qué se puede? ¡Claro que se puede!

Familias estables o balanceadas. Este tipo de familias se adapta a las circunstancias cambiantes. Esta acomodación le permite mantener una continuidad y desenvolver un crecimiento psicosocial en cada miembro.

Dentro de su dinámica, se presenta al padre como un individuo maduro y masculino que acepta el papel de padre y se siente cómodo con él. Respeta su esposa y fundó un hogar adecuado en el cual forma

una familia. Por otro lado, la madre es una persona que acepta y satisface sus funciones como esposa y madre. Respeta su esposo, así como este la respeta a ella. Cada uno de ellos depende del otro, pero cada cual conserva cierto grado de independencia.

No existe un padre especialmente autoritario y ninguno es particularmente pasivo. Son dos individuos adultos que representan un clima consistentemente firme y también un enfoque positivo cariñoso. A pesar de que ocurren discrepancias entre los padres, los niños y los padres saben que no reflejan una visión real disfuncional en la relación entre padre y la madre.

Por lo tanto los niños adquieren la noción de que la relación parental es sólida e indivisible. Esta familia podrá tener un hijo o varios, y ser acaudalada o de escasos ingresos, pero sus rasgos importantes son que los padres están unidos por un fuerte vínculo y son capaces de proporcionar una administración parental segura y consistente a estos hijos.

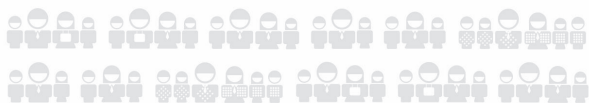
Estos padres no educan a sus hijos ateniéndose a reglas, sino que son capaces de responder correctamente a cada situación en particular, y lo suficientemente flexibles para satisfacer las demandas de los hijos de ambos sexos y cualquier edad.

Los padres maduros comprenden intuitivamente que el niño necesita afecto y amor, como también disciplina y ciertas limitaciones. Reconoce la necesidad de cierta conformidad en el niño y son capaces de proveer esta disciplina en un clima de aceptación positivo y real.



Segunda parte

Mutaciones en el concepto familia



Los cambios sociales, políticos, económicos y culturales han sido tan drásticos a partir de mediados del siglo XX, que a su vez provocaron mutaciones que todavía no se dan por concluidas, pasando por los conceptos y los valores individuales, ciudadanos, religiosos y familiares. Solo la gran revolución (o debo decir involución) moral y en materia de sexualidad, ha sido algo jamás imaginado en la época de mi niñez.

Hoy día la libertad individual reclama que nadie puede decir a otro qué hacer con su cuerpo, con su sexualidad, con el producto de un embarazo, con quien juntarse para hacer el amor, etc.

En la actualidad se legisla en los países a favor de los matrimonios entre personas del mismo sexo, y en algunos casos -no pocos- por la adopción de hijos a favor de estas singulares parejas. Pero este cambio se observa no solo en países desarrollados, sino en cualquiera de nuestros países en vías de desarrollo.

En América Latina, donde se aglutinan países con fuerte arraigo en el concepto tradicional de familia y con actitudes propias del machismo, se ven muchas naciones legislando a favor de los derechos de las parejas y familias gay, como comúnmente se les llama. Verdaderamente, estamos viviendo una época de cambios drásticos.

Ahora bien, procuremos enlistar una serie de

cambios y mutaciones en el concepto y las funciones dentro de eso que llamamos familia, a continuación.

Funciones biológicas

Las funciones biológicas de la familia, han sido tradicionalmente vistas y entendidas de las siguientes maneras:

Satisfacción del deseo sexual. La satisfacción sexual, que es parte del regalo divino al ser humano, desde el principio, y desde el relato de la creación; Dios quiso habilitar al hombre y a la mujer con la capacidad de brindarse mutuamente placer y gratificación sexual.

Solo en épocas muy anteriores a la modernidad es que se tuvo el placer sexual como algo pecaminoso, estrictamente carnal y animal. Pero una correcta visión de la vida humana y una sana teología reconocen el placer sexual como algo legítimo en la experiencia de intimidad de las parejas.

La reproducción de la especie. La máxima divina “creced y multiplicaos”, sigue vigente; no solo porque Dios mismo lo haya dicho a la primera pareja humana, sino porque precisamente, ese sería el método o mecanismo para hacer que la humanidad se reprodujera y multiplicara como raza que poblaría y dominaría el planeta tierra.

Nutrir a los hijos. Esto es responsabilidad intrínseca del multiplicarse trayendo hijos a esta vida. Aun en las especies inferiores, se ve el cuidado y hasta la ternura con que las especies atienden a sus crías. Entonces,

nutrir a los hijos es algo natural y de esperarse como parte de las funciones biológicas en el contexto de pareja y familia.

Funciones psicológicas

Aunque ya han sido abordadas en la primera etapa del libro, no está de más recalcarlas. Estas funciones psicológicas pueden resumirse en lo que sigue:

Seguridad psicológica. Sin esta seguridad, el producto final será defectuoso. Con esto quiero decir que un ser humano que no tuvo desde su nacimiento la afirmación, seguridad y construcción de una estima saludable a base de amor, aceptación y correcta valoración, padecerá de ahí en adelante lo que se conoce como conflictos de autoestima o de auto concepto y de un estado crónico de falta de higiene mental; es decir, su estado mental y pensamientos serán endebles y enfermizos. Además la persona será disfuncional socialmente hablando, y proclive a la depresión.

Afecto y apoyo emocional. Éste es un eslabón que siempre va unido al aspecto anterior: la seguridad psicológica. Y en cierto sentido, son caras de la misma moneda. De ahí que seguridad psicológica implique también lo afectivo- emocional.

Pensemos en cuántos niños y adolescentes que no tuvieron la suficiente seguridad psicológica y emocional, se convirtieron más tarde en adultos disfuncionales que, simple e irremediamente replicaron o reiteraron ese molde de su contexto

familiar de procedencia.

Este fenómeno ha contribuido enormemente al deterioro y resquebrajamiento de lo que en otras épocas fue la gran fortaleza de la sociedad: la familia, que con la solidez y base de sustento físico, mental y emocional, era para las generaciones emergentes su garantía de supervivencia.

Hoy día, por lo contrario, los chicos huyen de sus hogares, prefiriendo estar en la calle con sus amigos que son quienes les suplen esas necesidades de pertenencia, aceptación y no juzgamiento, lo cual debieran tener en casa como su “pan de cada día”, y no lo tienen, por lo que se ven impelidos a salir a la calle a buscarlo entre extraños.

Recientes estudios demuestran que lo que ha hecho de las pandillas juveniles (maras) grupos impenetrables y casi indestructibles, es la lealtad, solidaridad, sentido de pertenencia y asignaciones bien definidas y retribuidas, así como un claro respeto a la autoridad dentro de ese círculo.

Curiosamente, todo esto debieran haber encontrado esos chicos en sus hogares. Ésta, es una de las tragedias del posmodernismo del siglo en que nos tocó vivir.

Compañerismo. La sensación de tener a alguien cerca, que se identifica con nuestras causas y necesidades, es vital para todo individuo. A esto se le llama compañerismo.

Donde no hay compañerismo, hay soledad, rechazo indirecto y marginación. Cuando el compañerismo falta, lo que surge en su lugar es la segregación. Insisto, nadie puede vivir sin compañerismo en ninguno de los distintos escenarios de vida: familia, escuela, trabajo. Y la falta de compañerismo en el hogar, es una de las

mayores carencias y fuentes de frustración para miles y millones de personas que viven en casi cada rincón del planeta.

Funciones económicas. Las funciones económicas familiares, son tan antiguas como la misma humanidad. Se ve, por ejemplo, a la primera familia en la Biblia: Adán, Eva, Caín y Abel, en un cuadro que evidencia estas funciones económicas.

Caín se ocupaba en labores de cultivo, era agricultor. Abel, por su parte, era pastor de ovejas. Evidentemente era la manera en que ellos como hijos contribuían a la provisión material que, obviamente, necesitaban tanto los hijos como sus progenitores.

A partir de ese cuadro de mancomunidad familiar para la subsistencia y bienestar, los humanos asumimos iguales funciones y compromisos para poder sacar adelante a la familia. Para esto, las fuentes de trabajo y las diferentes formas de obtener el sustento, resultan esenciales.

Pero las funciones de la economía familiar, no pasan solo por el tema del dinero. También involucra la distribución de tareas dentro y fuera del hogar. La economía familiar depende también de quehaceres y responsabilidades que cada uno de los integrantes de la familia debe cumplir con exactitud, orden y respeto.

Esto tiene que ver con el arreglo, aseo y mantenimiento de la casa y sus dependencias. Como ejemplo, los hijos debieran ayudar recogiendo los platos después de las comidas, ayudar en el arreglo de sus habitaciones, etc. También tiene que ver con su rendimiento escolar; porque, si hay algo que cuesta dinero y por lo largo del proceso tiende a encarecerse, es la educación.

Por tanto, se espera que los chicos tengan el mejor rendimiento académico para que puedan culminar sus estudios en el menor tiempo posible, para bienestar suyo y de sus progenitores, quienes también necesitarán alguna forma de protección y cuidados por parte de los hijos, al llegar a la vejez.

Lo anterior lleva a incluir los temas protección, cuidados y estabilidad, como prioritarios y fundamentales en esto que llamamos la economía familiar.



Roles y papeles estelares en la familia

Situación de la familia en el mundo de hoy

La vida actual, a diferencia de la época de mi niñez, ha cambiado ostensiblemente, y no necesariamente para mejorar.

Para empezar, hoy las cosas cuestan hasta diez veces más que en aquella época. Lo que quiero decir es que la vida se ha encarecido extraordinariamente.

Por otro lado, hoy día parece que las manecillas del reloj avanzan más aceleradamente que en el pasado. Sucede que el tiempo ahora no ajusta tanto como antes. ¿Debido a qué? Bueno, antes todo se hacía y se tenía cerca, en el barrio o en el pequeño poblado; ahora la gente vive en grandes concentraciones humanas llamadas ciudades y hay que recorrer grandes distancias para ir a la escuela, al mercado, al trabajo, etc.

Pues, el encarecimiento de la vida y que el tiempo no rinda tanto, provocó ciertas presiones que obligaron a cambios importantes en los comportamientos, las prioridades y los roles a jugar.

Hay una realidad amenazante sobre la familia, descubrimos una serie de desafíos que la familia vive en la actualidad.

La situación en que se halla la familia presenta

aspectos positivos y aspectos negativos. En efecto, por una parte existe una conciencia más viva de la libertad personal y una mayor atención a la calidad de las relaciones interpersonales en el matrimonio, a la promoción de la dignidad de la mujer, a la procreación responsable, a la educación de los hijos; se tiene además conciencia de la necesidad de desarrollar relaciones entre las familias, en orden a una ayuda recíproca espiritual y material, al conocimiento de la misión eclesial propia de la familia, a su responsabilidad en la construcción de una sociedad más justa.

Por otra parte no faltan, sin embargo, signos de preocupante degradación de algunos valores fundamentales: una equivocada concepción teórica y práctica de la independencia de los cónyuges entre sí; las graves ambigüedades acerca de la relación de autoridad entre padres e hijos; las dificultades concretas que con frecuencia experimenta la familia en la transmisión de los valores; el número cada vez mayor de divorcios, la plaga del aborto, el recurso cada vez más frecuente a la esterilización, la instauración de una verdadera y propia mentalidad anticoncepcional.

En la base de estos fenómenos negativos está muchas veces una corrupción de la idea y de la experiencia de la libertad, concebida no como la capacidad de realizar la verdad del proyecto de Dios sobre el matrimonio y la familia, sino como una fuerza autónoma de autoafirmación, no raramente contra los demás, en orden al propio bienestar egoísta.

Cambios experimentados en el papel estelar de quienes conforman la familia

Merece también nuestra atención, el hecho de que en los países del llamado Tercer Mundo, a las familias les faltan muchas veces, bien sea los medios fundamentales para la supervivencia como son el alimento, el trabajo, la vivienda, las medicinas, bien sea las libertades más elementales.

En cambio, en los países más ricos, el excesivo bienestar y la mentalidad consumista, paradójicamente unida a una cierta angustia e incertidumbre ante el futuro, quitan a los esposos la generosidad y la valentía para suscitar nuevas vidas humanas; y así la vida en muchas ocasiones no se ve ya como una bendición, sino como un peligro del que hay que defenderse.

La situación histórica en que vive la familia se presenta pues, como un conjunto de luces y sombras, que ha dado lugar a nuevos escenarios en la familia.

Mujeres con trabajos fuera del hogar. Esto, que hoy es un hecho común, era algo raro en verdad en la época de mi niñez. Las esposas y madres, por lo general, se quedaban en casa a supervisar todo: el orden, la limpieza, los alimentos. En fin, todo. Y el trabajo de la esposa y madre era un trabajo, no de ocho horas, sino un trabajo de tiempo completo. Literalmente de las 24 horas del día.

Pero ese cuadro ha quedado guardado en el pasado. Hoy las mujeres se han unido a la fuerza laboral en el mundo entero, y a la par de los hombres luchan por sacar adelante sus familias en los distintos centros de trabajo, los que no hacen diferencia entre hombre y

mujer.

¿Y qué paso con la labor e importante papel de la mujer en el hogar? Pues, en su nuevo estatus como miembro de la fuerza laboral, apenas tiene derechos laborales que le permiten unos meses de asueto en periodos pre y pos natales y horas para la lactancia materna. Pero aparte de eso, tiene que ingeniárselas promoviendo un modelo diferente, que exige la remoción de los roles tradicionales para ella, para el esposo y padre, así como también para los hijos.

Pero lo cierto es que el estrés de una mujer que trabaja fuera del hogar, y que al mismo tiempo tiene que ser madre, criar hijos y supervisar de alguna manera las tareas familiares, es de altos niveles. Las mujeres que no logran soportar ese nivel de tensión terminan por colapsar o ver su matrimonio entrar en decadencia, sobre todo si el varón -esposo y padre- se desobliga del hogar y hace caso omiso del nuevo rol que una esposa con trabajo fuera del hogar espera de él.

Porque vale la pena decirlo, hay hombres que están contentos con no ser el proveedor único para el hogar, y con que sus esposas obtengan un empleo para ayudar a pagar las cuentas familiares; pero a la vez, quieren llegar a casa y no tener nada más que hacer que ver la televisión, y en todo caso, jugar un rato con los niños.

La mujer por el contrario, tiene que llegar del trabajo y revisar que los chicos hayan hecho los deberes escolares, de prisa comenzar a preparar la cena; por la mañana seguir corriendo preparando niños para la escuela, con sus respectivas loncheras, etc. etc. etc.

Los varones que no entienden las implicaciones de este cambio, serán responsables casi absolutos del

fracaso matrimonial y familiar.

Pero hay que ser justos. Muchísimos hombres han entendido el cambio, y en la actualidad es frecuente ver hombres que saben cambiar pañales, bañar bebés y llevarlos al médico; hombres que saben acompañar a sus hijos en actividades escolares y deportivas, etc.

Esos hombres son los que han impedido que se resquebraje el modelo de madres y esposas con trabajos fuera del hogar.

Un nuevo estilo en la administración del hogar. Lo anterior ha dado a luz un nuevo sistema o modelo de administración del hogar. Me refiero no solo a tareas y asignaciones repartidas, sino también al uso y manejo del dinero de la economía familiar.

En épocas pasadas era esto tan distinto. Los hombres prácticamente daban a las mujeres -esposas y madres de tiempo completo- el dinero del gasto diario, semanal o mensualmente. Recuerdo particularmente a papá dando el dinero del gasto a mamá, a cada tanto.

Hoy día, suele darse uno de estos dos comportamientos: La pareja se reparte el presupuesto, negociando según el salario de cada uno lo que será su asignación de pagos en el presupuesto familiar. Ese tipo de manejo y negociación es de lo más normal en la sociedad actual.

El otro comportamiento típico, es que la pareja identifica cuál de los dos tiene mayores habilidades y tiempo para ser el pagador de las cuentas familiares; por supuesto, ello con la participación financiera de ambos y en un total común acuerdo.

Estos comportamientos tienen sus pro y sus contras. En el primer caso, puede haber ocultamiento de

información financiera por parte de uno de ellos, debido a que negociar lo que paga el uno y el otro no significa decirse a cuánto asciende el salario de cada uno de ellos. Ese ocultamiento de información financiera puede generar tensiones, malos entendidos, sospechas y pleitos.

En el segundo comportamiento, puede darse una actitud cómoda por parte de quien no es el que maneja los pagos. Esta actitud recostada en el otro puede traducirse literalmente como falta de responsabilidad y de dejar toda la carga a la otra persona. Lo ideal en este modelo sería mantenerse en constante diálogo y comunicación para que, aun cuando uno de ellos sea el pagador y administrador directo, no se sienta a solas, ni sea víctima de la desobligación por parte de su pareja.

Mujeres jefas de hogar. Este curioso modelo puede darse con marido presente o sin él. Y tiene que ver básicamente con tres situaciones. Una, que el varón tenga un temperamento, carácter y personalidad demasiado opacados; que se trate de un individuo laxo, pasivo y conformista, falta de verdadero liderazgo y recostado en la mujer.

Pero también puede ser resultado de una mujer autoritaria, con un liderazgo desmesurado, acostumbrada a mandar a quien se le ponga por delante. Alguien así, por lo general se apodera de las decisiones del hogar, toma las riendas de casi todo lo importante, en muchos casos con la complicidad de un esposo pasivo y sin carácter.

Hay una tercera causa de que la mujer se torne en jefa del hogar: Que se trate de una madre soltera, divorciada, o viuda, quien tiene que asumir la

responsabilidad total. Y vale la pena decir, que las mujeres parecen tener alguna clase de “chip” consigo, porque la mayoría logran asumir este protagonismo con verdadero éxito. En esto, me queda la sospecha de que el varón es menos dotado para ser “padre y madre”, a diferencia de la mujer, cuando tiene que hacerlo por sí misma.

Esto da lugar a una familia que es una especie de matriarcado donde la madre es casi la autoridad absoluta en el hogar, las decisiones concernientes a los niños las adopta ella y por lo menos ante éstos, aparece como el oficial comandante porque es ella quien impone la mayoría de los castigos.

Acusa frecuentemente al hombre de fracasado y lo empequeñece constantemente. De la misma manera, el padre considera que su papel ante los hijos es secundario y dedica gran parte de sus energías a su trabajo u otras actividades no concernientes a la familia.

Desarrolla la sensación de que él no es importante en el hogar y delega a su esposa la mayoría de los asuntos relacionados con la casa y con los niños. El clima emocional de la familia hace que los niños esperen que su madre adopte todas las decisiones importantes y sea la figura autoritaria y predominante.

No obstante el éxito con que la mujer pueda asumir este doble papel, le queda una brecha difícil de manejar: Los hijos. Este modelo de una mujer que se constituye en jefa del hogar, por lo general funciona bien en todo; pero con los hijos tiene especiales dificultades. La razón no está en el fondo del mar. Lo que sucede es que la falta de figura paterna fracciona algo en los hijos, quienes se vuelven proclives a la rebeldía y a no respetar y honrar de manera suficiente

el liderazgo de mamá.

Como ven, todo en la vida familiar tiene sus peros. No hay nada perfecto. Eso significa que, en la práctica, no hay modelo ideal. Y si lo hubiese, sería el modelo que haga encajar bien a los participantes, los vuelva funcionales, solidarios, equitativos y altamente comunitarios.

Para lograr esto, no hay una sola ruta. La ruta es que, lo que se logre, se haya convenido en paz y armonía. Recordemos lo que dijo Jesucristo: Que donde dos o tres se pongan de acuerdo acerca de cualquier cosa, tendrán la asistencia y bendición del Padre Celestial. ¿Por qué? Porque el acuerdo produce armonía, y la armonía es el mejor ambiente para negociar sanamente y llegar a definiciones de papeles, asignaciones y responsabilidades que garanticen el crecimiento y desarrollo en un contexto de familia.

Paternidad irresponsable. Este ni siquiera merece ser calificado como un modelo. Más bien es un fenómeno. ¿Y por qué lo digo? Porque es toda una anormalidad y aberración moral, que un individuo traiga hijos al mundo o comience un proyecto familiar, para luego darle la espalda a la responsabilidad contraída.

Sin embargo, que esto sucede, sucede. Y con demasiada frecuencia, diría yo. Quizás más en los países latinoamericanos por causa de estar impregnados del famoso machismo, que considera como la mayor conquista y el mejor trofeo que un hombre puede lograr, además de acostarse con la mayor cantidad de mujeres, “ponerle una barriga” a la más ingenua que encuentre a su paso.

Pero asómbrese, ¿quién cree que diseña y formula a este tipo de hombre machista e irresponsable? ¡La

madre latinoamericana! Quien cría a “su criatura” y a “su bebé”, siendo lo más hombrecito posible.

Madre que mira con buenos ojos que su “niñito querido” haga verdaderas diabluras con las niñas y más tarde con las mujeres. Madres que impidieron a su bebé entrar a la cocina a lavar platos, que no dejaron al hijo de sus amores arreglar su habitación y cooperar disciplinadamente en las tareas de la casa; todo esto por aquello de “no quiero que mi niño que se me vaya a hacer “mamito”. Entiéndase por ese término afeminado.

En conclusión, es la madre la que construye la cultura machista, que tanto distingue al varón latinoamericano, y que contradictoriamente, afecta tanto a la misma mujer latinoamericana. Como se puede notar, es un círculo viciado en el que la mujer-madre deforma la actitud y conducta del hijo, con lo que lo vuelve una amenaza para las demás mujeres. Por eso digo que esto es algo que resulta contradictorio.

Ante el fenómeno de la paternidad irresponsable, han tenido que surgir otros actores para ayudar con las consecuencias surgidas: El estado, los gobiernos, la iglesia y otras entidades que se han encargado de velar por aquellas madres solteras que fueron objeto del abuso y la burla de hombres irresponsables que no merecen el calificativo de padres.

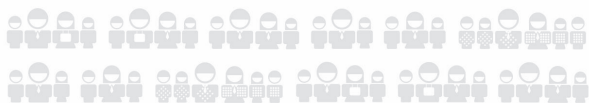
Abandono por parte del hombre de sus obligaciones.

Esto no hay que confundirlo con paternidad irresponsable. Para abandonar las obligaciones para con la familia no hace falta fugarse de casa. Lo único que se requiere es algo de cinismo; es decir la socarrona actitud de no hacer nada, sin inmutarse, simplemente por no tener ganas de hacerlo.

Hombres con semejante actitud, los hay más de lo que debiera. ¿Qué hay de fondo en una situación así, de abandono de las obligaciones familiares? La lista de posibilidades ronda hasta lo infinito: Indisciplina, malas costumbres, mala enseñanza en la niñez, malos ejemplos, mentalidad errónea acerca del matrimonio, machismo, menosprecio de la mujer, etc, etc.

Son muchísimas las mujeres que viven aquejadas por la actitud de hombres que se atrevieron a formar un hogar, traer hijos al mundo, para de ahí en adelante, dedicarse a vagabundear y a no asumir las responsabilidades que acompañan su condición de hombres casados y con familia.

La Biblia dice que el hombre es la cabeza del hogar, así como Cristo es la cabeza de la iglesia. Y eso tiene una fuerte implicación con cuidar, proteger, dirigir y cumplir con obligaciones morales, físicas, materiales y espirituales para con la familia. Quien no lo hace peca al punto que la Biblia, textualmente le exhorta diciéndole que, “El que no provee para los suyos, ha negado la fe y es peor que un incrédulo”. Tremenda sentencia para esta pobre actitud.



Factores que han determinado el cambio de roles

El factor económico. Este factor, exacerbado por la difícil crisis económica que abate al mundo entero, ha modificado en mucho los moldes tradicionales familiares. ¿Por qué? Pues porque ahora hay que esforzarse mucho más, en comparación con el pasado, para lograr el sustento y la estabilidad financiera del hogar.

Hay carencia de trabajos a nivel global. Ello ha forzado el fenómeno migratorio, el que se ha incrementado en las últimas décadas, al grado de ver ejércitos de niños centroamericanos, por ejemplo, en un éxodo masivo -a pie- desde sus países de origen rumbo a la nación americana, con los peligros y riesgos que eso supone.

La criminalidad acecha a los hogares porque a fuerza de no tener ni siquiera para lo más elemental, tanto adultos como niños enfrentan todos los días la tentación de hacer algo indebido o practicar alguna forma de corrupción o cometer algún acto delincuenciales, no por ser criminales de oficio, sino por tener demasiadas carencias a nivel material.

El factor económico también obliga a jóvenes

universitarias a prostituirse; o a mujeres decentes a tener que aceptar brindar favores sexuales, todo por lograr un trabajo o para evitar ser despedidas. Esto conlleva nuevas formas de explotación, que sin darnos cuenta modifican tremendamente la actitud y los roles a jugar en el contexto de familia, hogar y sociedad.

Globalización y tecnología. Todos estamos enterados de algún modo, del comportamiento de niños y adolescentes que han encontrado en la tecnología el gran escape de su realidad, y convertidos en habilidosos cibernautas, se dedican a buscar nuevas formas de diversión, con alto contenido sexual, por ejemplo; o caen en las garras de delincuentes ofensores sexuales. También han aprendido a usar la herramienta de las redes sociales para tener citas cibernéticas con fines amorosos o sexuales y en otros casos, a chantajear u ofender a otros chicos con los que están enemistados.

¿Tiene todo esto algo que ver con la modificación de roles en la familia? ¡Claro que sí! Porque lo que otrora fue el comportamiento de los chicos que ayudaban en la cocina, ayudaban a lavar el auto familiar, miraban la televisión después de sus deberes escolares, ahora, por lo contrario, con el móvil en sus manos, tienen al alcance la pornografía, los violentos juegos de moda, el chateo sin fin; y sobre todo, la nueva ruta de escape a sus relaciones familiares, sustituyéndolas con relaciones conseguidas en el ciber espacio de la internet.

Pero esto no es solo cosa de adolescentes. Los hombres y mujeres adultos, guardan celosamente sus dispositivos, los que no pueden activarse sino mediante complejas claves y contraseñas. En estos aparatos se guardan grandes secretos, se esconden

conductas adictivas o esclavistas, infidelidad conyugal o relaciones extramaritales, solo por decir algo.

La tecnología ha provisto una especie de cápsula o burbuja de intimidad, en la que una persona puede desconectarse de su mundo real de relaciones, para conectarse con un mundo de fantasía cibernética o vagabundeo cibernético que no es más que puro escape a la realidad.

Ello acaba con las relaciones, produce alienación en los individuos y los sumerge en un mundo completamente falso y oscuro, que los aleja cada vez más de las personas que son parte de su verdadera vida, circunstancias e historia.

La tecnología es ciertamente un arma de doble filo: Tiene grandes potencialidades y hace todo más fácil y expedito; pero a la vez, tiene grandes riesgos para aquellos que no cuentan con la madurez suficiente como para darle el mejor uso a esos asombrosos aparatos y dispositivos.

Libertad económica y sexual de la mujer. Pongo juntos estos dos elementos por cómo se conjugan al presente. En el pasado, tradicionalmente la mujer fue dependiente del varón económicamente hablando. Muchas mujeres no tuvieron más remedio que quedarse en una relación a aguantar a un bruto maltratador, básicamente por no tener adonde ir y no saber exactamente como ganarse el sustento.

Los tiempos han cambiado. La mujer salió del hogar y lo hizo con tan buen pie, que hoy día la capacidad profesional y laboral de la mujer no está en discusión. Actualmente las mujeres han invadido todos los campos del quehacer y actividad humana.

Hay mujeres policías, mujeres militares, mujeres

deportistas, mujeres políticas, mujeres presidentas de países y de grandes corporaciones, etc. La mujer realmente se emancipó de la servidumbre económica, y por ende social, a la que estuvo sometida por generaciones.

Ahora bien, esa libertad económica también le proporcionó libertad socialmente hablando. Ahora es común ver en un restaurante o un bar, grupos de amigas, compañeras de labores y colegas departiendo alegremente, tomando cualquier tipo de bebida sin el menor recato. Esto es parte de la normalidad. A la vez, las mujeres parecen haber entrado en otra clase de conciencia: Que así como los hombres se divierten sexualmente, ellas también pueden hacerlo.

Esto abrió una gran avenida a nuevos comportamientos sexuales que permiten y autorizan a la mujer a tener novios con los que mantienen intimidad sexual; parecen entender -como escuché a alguien decir- que, “las mujeres pueden tener todo el sexo que quieran”, a tal grado, que es con esta nueva mentalidad que muchas madres hoy día, con la mayor naturalidad, aconsejan a sus jóvenes adolescentes portar en sus bolsos “protección” -léase condones- para que se diviertan con su sexualidad sin riesgo.

También podemos añadir a los nuevos comportamientos, las mujeres que no tienen interés en el matrimonio, pero sí aspiran a ser madres alguna vez. Estas son mujeres que seguramente vieron abusos cometidos por varones en el contexto del matrimonio o vivieron experiencias decepcionantes con las figuras de padres o esposos, ya fuera propios o extraños. Ello llevó a estas mujeres a desarrollar la visión de una vida a plenitud, teniendo sexo sin compromisos mayores o concibiendo hijos, sin necesariamente incluir en el

paquete de su maternidad a un esposo o padre.

Lo anterior se vio fortalecido con el éxito de la mujer siendo “padre y madre” a la vez. Éxito comprobado por miles y millones de mujeres que lograron ser madres exitosas sin tener una pareja residente, mujeres laboralmente exitosas y financieramente exitosas. Y ante una realidad tal, ¿quién quiere tener la molestia de un hombre cerca todo el tiempo?

Esta es otra de las filosofías y enfoques de vida surgidos en la posmodernidad en que vivimos, que han dado a luz vidas familiares más allá de lo tradicional, más allá de lo convencional, y más allá del gusto de algunos... Pero familias al fin y al cabo.

Entonces, mujeres que optan por una sexualidad sin anillo en el dedo y sin contrato matrimonial de por medio, mujeres que optan por ser madres solteras, mujeres que hallaron la realización a partir del divorcio, han provocado una estela de nuevos modelos surgidos. Ello, con la complicidad directa del hombre, quien en mucho ha fallado en la asignación dada por Dios, de ser verdadera cabeza para la mujer, el hogar y la familia.

Esto no quiere decir que todos estemos de acuerdo con lo que vemos; tampoco es mi propósito hacer una valoración o juzgamiento de todos esos nuevos modelos. Simplemente este es un capítulo estrictamente descriptivo de los distintos cuadros de seres humanos, intentando ser familia de alguna manera, pese a sus limitaciones y frustraciones.

No se intenta entonces hacer algún diagnóstico, ni calificar o cualificar ningún modelo. Simplemente se apunta lo que hay y lo que se ve hoy día.

Tercera parte



Comunicación en la familia



La comunicación familiar

Para que exista una buena comunicación debe existir congruencia entre lo verbal y lo no verbal.

Comunicación familiar se refiere básicamente a la comunicación positiva, facilitadora, por ejemplo la empatía, la escucha reflexiva, los comentarios de apoyo que permiten a los miembros compartir sus necesidades y preferencias cambiantes o bien el otro extremo, la comunicación negativa como son los dobles mensajes, las críticas.

La comunicación familiar necesita de un clima abierto en el que se de la libertad y en el que cada uno pueda expresarse de forma espontánea.

¿Cuáles son las características de la comunicación familiar? Se desarrollan vínculos con los otros, existe intercambio de mensajes, respeto, empatía y atención.



Importancia de la comunicación familiar

Muchos padres piensan que lo más importante en la comunicación es proporcionar información a sus hijos. Decirles que coman las verduras y llevarlos de la mano son expresiones de amor y cuidado.

La comunicación tiene una función más importante; es un puente de doble vía que conecta los sentimientos de padres e hijos. La comunicación saludable es crucial para ayudar a los niños a desarrollar una personalidad saludable y buenas relaciones con los padres y los demás. Le da al niño la oportunidad de ser feliz en cualquier circunstancia.

¿Con qué materiales se construye una comunicación saludable? Hay que estar disponible, saber escuchar, demostrar empatía, ser un buen mensajero, Use palabras para comunicar a su hijo lo que quiere que el haga, sea un buen modelo.

¿Cómo generar un ambiente de confianza y vínculos comunicativos efectivos?, ¿de qué manera la familia contribuye en la formación de actitudes positivas a través del diálogo y el silencio?

La relaciones familiares, debido al ambiente de seguridad y confianza y a los lazos emocionales y psicológicos que logran desarrollar entre sus miembros, se convierten en un medio natural para

que sus integrantes descubran formas para ayudarse y complementarse, satisfaciendo muchas de sus necesidades, especialmente las más profundas y complejas como las emocionales y afectivas.

Cuando los miembros de una familia aprenden a comunicarse identificando el cómo, cuándo, dónde y en que tono hablarse; de tal forma que logran construir una relación positiva y sólida, han dado un paso vital, contribuyendo a que la familia cumpla con su misión, al crear condiciones para que todos los involucrados se sientan queridos, apoyados, tomados en cuenta y con posibilidades reales de ser mejores personas.

Para aprender a comunicarse con efectividad dentro de la familia, se requiere tomar en cuenta las diferencias interpersonales, adecuar las formas de comunicación de acuerdo a personas, edades y circunstancias, emplear enfoques específicos para comunicarse con los hijos en sus diferentes etapas de desarrollo, principalmente en la edad adolescente, tener conciencia de los errores y fallas que pueden afectar negativamente el proceso, y saber aprovechar la comunicación como medio para transmitir valores y dar dirección y rumbo a la vida familiar.

Comunicación entre padres e hijos

La mayoría de problemas del día a día de la convivencia familiar se resolverían, si nos esforzáramos por tener una buena comunicación con nuestros hijos. Hay muchas formas de hacerlo. Se puede hacer con un gesto, con una mirada de complicidad, con la palabra, escuchando música, leyendo, haciendo deporte.

También nos podemos comunicar silenciosamente. Sólo contemplando unos padres junto a la cama de un hijo enfermo, mimándolo o dándole la mano, vemos el máximo de comunicación. El silencio se hace necesario por el reposo de su hijo, pero la comunicación no debe faltar.

Falta de comunicación familiar durante la adolescencia

Comunicarse con un hijo adolescente puede convertirse en una pesadilla si los padres no establecen puentes propicios para hacerlo. Es lo que señalan varios expertos que diseñan y proveen de estrategias a los padres, para que ayuden a sus hijos a lidiar con los problemas de la violencia, la promiscuidad sexual y la drogadicción.

Si bien es verdad que la adolescencia es una etapa en la que los jóvenes tratan de individualizarse y profundizar en lo que les difiere, más que en lo que les une al espacio familiar (mientras paradójicamente, crean vínculos y relaciones de pertenencia ente sus amistades), esta actitud suele venir precedida por una falta de comunicación familiar o por el mal uso de la misma.

¿Qué factores bloquean la comunicación?

Acusar, retar, juzgar, criticar antes de conocer los hechos, amenazar, ridiculizar, dar órdenes, hacerse el mártir, cambiar el tema cuando nos es incómodo, minimizar el problema, hacer generalizaciones como por ejemplo “siempre estás pegando a tu hermana”, “nunca obedeces”. No saber escuchar para comprender bien lo que quieren decir realmente, el

abuso de “tú deberías” o “yo debería hacer”, en vez de “¿Qué te parece si...?”.

La prisa de los padres por recibir alguna información les impide conocer la opinión de sus hijos; el lugar y el momento que elegimos también puede bloquear la comunicación.

La familia y su estilo de comunicación. La familia es la primera escuela donde aprendemos cómo comunicarnos. La forma como aprendemos a comunicarnos en nuestra familia de origen determinará cómo nos comunicamos con los demás.

Así el niño comienza aprendiendo gestos y tonos de voz de sus padres y hermanos, comunicándose a través de ellos. Por ejemplo, cuando señala con el dedo para pedir algo. En este caso, es la familia la que entiende e interpreta lo que quiere decir. Así las familias establecen formas de coordinarse que determinan y satisfacen las necesidades de todos sus miembros.

La forma de comunicarse que tienen los miembros de la familia, determinará la forma en que los niños que en ella crecen aprendan una manera de emocionarse y de pensar. Esto significa que cada familia enseña a través de la forma que tiene de comunicarse, su estilo particular; los valores, forma de pensar y mirar el mundo.

Relaciones dentro de la familia. La familia tiene distintos niveles para comunicarse. De acuerdo a ello se establecen grupos que tienden a tener un cierto tipo de relación en su interior. Al interior de cada uno de estos grupos existe una relación de igualdad. Esto es, los padres - ambos adultos - establecen una

comunicación como padres entre ellos para ejercer mejor su función.

A su vez, los hijos establecen una comunicación de hermanos, iguales, que les permite pasarlo bien, jugar y ejercer su rol de hijos frente a los padres.

En un nivel distinto de comunicación se encuentra la pareja, que constituye un espacio exclusivo de los adultos y que no tiene que ver con la crianza de los hijos. La pareja existe en torno a la comunicación de ellos como pareja y amigos.

De acuerdo a lo anterior, cuando hablamos de comunicación en la familia, debemos distinguir a qué nivel de estos sub-sistemas o grupos nos estamos refiriendo. Cuando la familia es capaz de dejar claros los límites y normas entre distintos grupos de la familia, la comunicación entre sus miembros tiende a ser más directa, eficaz y transparente.

Esto significa que si los adultos en su rol de padres tienen un desacuerdo, deben ser capaces de no traspasar ese desacuerdo a la pareja y deben además tratar de no involucrar a los hijos en la discusión.

Es algo que deberán resolver como padres, para luego transmitir a los hijos su decisión. En esto nada tiene que ver su comunicación como pareja.

El estilo y la forma de comunicación que tengan en la familia, o como sub-grupo de esa familia, dependerá de su historia familiar y de su forma particular de relación.

Familia y reglas. Las familias fijan reglas para convivir, que están de acuerdo a los valores y normas que los guían. Estas reglas por lo general son definidas y aplicadas por los padres. En algunas familias, y de acuerdo a su estilo y valores, los padres permiten que

los hijos participen en la discusión sobre cierto tipo de reglas (permisos, salidas, paseos, deberes en la casa, etc.).

El que los hijos participen o no de estas decisiones dependerá de la forma que cada familia tenga de ejercer el poder en su interior (democrática o autoritaria).

Lo fundamental es que quienes velen por el cumplimiento de estas reglas estén de acuerdo y hayan definido dichas normas en conjunto. Esto permitirá ser consistentes a los padres, aumentando su credibilidad y eficacia para lograr que las reglas se cumplan.

Una de las denominaciones que tiene el acto de fijar reglas es “marcar la cancha” a los hijos, y este marcado debe hacerse de común acuerdo.

Cuando los padres no logran acuerdo y tienden a discutir frente a los niños, o uno se alía con los hijos contra el otro, se tienden a generar problemas a nivel de la organización de la familia, que son difíciles de resolver (dictadura de los hijos, negación de la autoridad de uno de los padres), que dan origen a los habituales problemas conductuales en los hijos.

Lo habitual es que los padres hagan uso de los castigos como forma de lograr que los hijos cumplan con las normas que se han fijado. En este sentido es necesario señalar que el uso del “costo de respuesta” (quitarles las cosas que les gustan frente a la trasgresión de las normas) brinda la mayor eficacia y eficiencia, como lo demuestran los estudiosos del tema, y que el premio y refuerzo (en forma contingente y estable) a las conductas deseadas es la forma más eficaz de lograr que se instauren nuevas formas de conducta en los hijos.

Qué y cómo comunicamos. En todo lo que hacemos, decimos o dejamos de hacer, estamos comunicando algo, ya que estamos siempre estableciendo una relación con el otro.

Es importante distinguir que existen dos formas de comunicarnos: verbalmente y no verbalmente. Lo verbal se refiere a la comunicación a través de lo que decimos o escribimos. Lo no verbal corresponde a gestos, actitudes, posturas corporales, tonos de voz y/o miradas que yo hago cuando me relaciono con otro u otros.

Es importante que lo que se dice a nivel verbal coincida con lo que se comunica con gestos o con el tono de voz. Por ejemplo, si una madre le dice a su hijo “no estoy enojada” y el tono es de enojo, el niño no sabrá si hacerle caso a lo que dice o al tono con que lo dice. Este tipo de contradicciones pueden llevar a una familia a tener dificultades en su comunicación y existe una mayor tendencia a que se generen problemas entre sus miembros.

Construyendo una realidad familiar común. La familia es el espacio privilegiado de aceptación y amor de los seres humanos y es de gran relevancia el que esta emoción sea la que predomine en el clima de las relaciones intrafamiliares. Ello significa, entender y aceptar que los otros, puedan percibir un mismo hecho de manera distinta. Así es importante para las familias entender y respetar estas diferentes formas de ver las cosas que tienen sus miembros. Al enfrentar las diferencias se logra una mayor riqueza, pudiendo construir, a la luz del amor y la aceptación del otro, una nueva forma de ver las alternativas y soluciones

en común.

En este sentido las familias constituyen un claro ejemplo de relaciones solidarias y cooperativas, ya que son capaces de unir las distintas visiones en pos de un objetivo común.

Así las familias van co-construyendo una forma de enfrentar las dificultades diarias y de ver el mundo, negociando cuando es necesario llegar a acciones comunes o respetando y aceptando que los otros tengan distintas formas de ver algunas cosas, en otras ocasiones.

Comunicando las expectativas y necesidades

Todos los miembros de la familia poseen necesidades y expectativas de los otros respecto a la satisfacción de dichas necesidades. Una de las dificultades habituales de las familias radica en pensar que “el otro es capaz de adivinar lo que yo necesito y debe ser capaz de adivinar qué hacer para ayudarme a satisfacer esta necesidad”.

Así mismo se espera que los otros adivinen los sentimientos y emociones.

Es fundamental que las familias sean capaces de aprender a lograr que sus miembros expresen sus necesidades, emociones y expectativas respecto a los otros, sin temor a la negación y descalificación por parte de los otros.

Al explicitar dichos elementos se establecerán relaciones más claras y eficientes.

Es importante no caer en el mito de la capacidad de “adivinación” que pueden tener los otros miembros

de la familia, y trabajar para que todos expresen sus emociones y necesidades a tiempo, evitando la acumulación de rabias y resolviendo los nudos de convivencia diaria.

En este proceso es conveniente trabajar para que cada uno se responsabilice por sus emociones y necesidades (“yo siento esta emoción”, en vez de decir “ustedes me hacen sentir esto”) evitando involucrar a los demás en las opciones que cada uno tome. Este tipo de aclaraciones permite crear un clima de confianza y aceptación que facilita la expresión de afectos y el logro de soluciones comunes.

La televisión y los espacios de comunicación familiar

En todos los hogares en los cuales existe un televisor las familias tienden a congregarse en torno a él, ya sea por acuerdo o desacuerdo sobre cual programa ver. En algunos casos el televisor es un miembro más de la familia que organiza la vida familiar en torno a los horarios de los programas, y desarticula las convencionales sobremesas familiares.

Como quiera que sea, no se puede desestimar la importancia que hoy tiene dentro de las dinámicas de comunicación y encuentro o desencuentro familiar.

Es conveniente dejar algunas recomendaciones que permitan que se transforme en un elemento que una a la familia en vez de distanciarla:

- 1.** Es conveniente que se regulen los horarios de uso del televisor de modo que todos los interesados tengan acceso al menos a un programa de su interés.
- 2.** El televisor no debe ubicarse en el lugar de

encuentro común, ya que el que uno de los miembros esté viendo un determinado programa, afectará las posibilidades de los demás de interactuar entre ellos.

3. Los programas de interés común o que merezcan dudas a los padres en cuanto a sus valores y modelos de conducta, es conveniente comentarlos y criticarlos positiva o negativamente con los otros. El televisor con alguno de sus programas puede constituir un eje que permita discutir y compartir temas relevantes para la vida familiar.

4. Es recomendable que cada miembro de la familia no le dedique más de dos horas diarias a ver televisión, ya que el desarrollo de otras actividades que estimulen la creatividad y la imaginación son muy necesarias para el desarrollo de la inteligencia en niños y adultos.

El secreto está en la forma de usar la televisión como un medio que permita el encuentro familiar y constituya un beneficio en la relación y comunicación.

Elementos básicos para la comunicación dentro de la familia

La sabiduría popular utiliza ejemplos y expresiones muy ilustrativas para facilitar la comprensión de situaciones complejas. Por ejemplo, se dice que se está llevando a cabo un “diálogo de sordos”, cuando dos personas se tratan de comunicar, pero ninguna de ellas tiene la apertura suficiente para ponerse en el lugar del otro y tratar de comprenderlo.

La idea contenida en la expresión “diálogo de sordos” pone en evidencia el hecho de que la comunicación implica un proceso completo, en el que interviene,

por parte de todos los involucrados, tanto el hablar como el escuchar y tratar de comprender lo que se está comunicando. No se trata pues de un simple acto de mandar información.

Con frecuencia se considera que hablar es sinónimo de comunicación, sin embargo, el mero hecho de pronunciar palabras y transmitir sonidos no cumple con el verdadero propósito de la comunicación, que se centra en establecer un lazo entre el que envía un mensaje y aquel que lo recibe.

Un ejemplo de esta situación se puede observar en los discursos de algunos políticos, a través de los cuales ponen en evidencia que es posible hablar, hablar y hablar, pero no obstante la avalancha de palabras que se emplean, en realidad no se está transmitiendo ningún mensaje, ni se está haciendo verdadero contacto con quienes escuchan.

Ese papel que juegan los mensajes entre las personas que se relacionan entre sí, ha sido analizado con mucha profundidad por expertos, que se han enfocado a analizar la forma como evolucionan los procesos de integración en equipos de trabajo dentro de las empresas, llegando a la conclusión de que cuando las personas reciben mensajes que les hacen sentirse valiosas, importantes, respetadas y apreciadas, tienden a tomar una actitud receptiva y abierta, facilitando la integración y el desarrollo de la relación.

Relación entre comunicación y relación interpersonal

Los estudios realizados en ese sentido han puesto en evidencia que la comunicación constituye un elemento clave para el desarrollo de una relación, tanto en lo que se dice con palabras como en lo que se transmite a través de comportamientos, actitudes y gestos.

La comunicación es esencial en las relaciones interpersonales, ya que constituye un medio insustituible para entrar en contacto con las demás personas, conocer sus ideas y captar sus intereses, preocupaciones y sentimientos.

También es uno de los mejores recursos disponibles para lograr un mayor acercamiento, desarrollar la intimidad, aclarar los hechos frente a malentendidos y ayudar a que las personas comprendan los puntos de vista de quienes las rodean o se relacionan con ellas.

Una relación crece cuando los mensajes que se transmiten entre las personas que la viven manifiestan aprecio, respeto y reconocimiento. Y en contrapartida, la relación se deteriora cuando se transmite desinterés, sarcasmo, cinismo o desprecio.

Cuando la comunicación se enfoca en forma constructiva, constituye un poderoso medio para lograr el desarrollo de relaciones positivas, facilitar la comprensión y el apoyo mutuos y un poderoso mecanismo para prevenir o desactivar conflictos.

Sin embargo, con frecuencia se hace mal uso de ella, ya que se utiliza para agredir, ofender y lastimar, provocando que en lugar de ser un medio de acercamiento y conocimiento mutuos, sea causa de

distanciamiento, separación y ruptura.

Cuando la comunicación se utiliza para manipular y agredir, se transforma en enemiga, en vez de ser aliada, en el cultivo de las relaciones entre las personas.

La comunicación dentro de la familia

Las relaciones familiares, debido a los lazos emocionales y psicológicos que logran desarrollar entre sus integrantes, y al ambiente de seguridad y confianza que pueden llegar a generar, se convierten en un medio en el que sus integrantes, en forma natural y espontánea, pueden ayudarse y complementarse, satisfaciendo muchas de sus necesidades, especialmente las más profundas y complejas como las emocionales y afectivas.

El desarrollo de procesos y formas de comunicación dentro de la familia, juega un papel vital en el establecimiento de relaciones significativas para quienes conviven en el núcleo familiar. Hay estudios que ponen en evidencia que en la mayoría de las familias conflictivas existen serios problemas de comunicación, sea debido a que no han desarrollado mecanismos para favorecer el intercambio de ideas y puntos de vista, o a que tienen muy poca habilidad para comunicarse, provocando que los intentos que hacen para comunicarse, en lugar de convertirse en mecanismos de ayuda, se transformen en fuentes de nuevos y mayores conflictos.

Para lograr que la comunicación se convierta en un recurso a favor de la familia, los integrantes del núcleo familiar deben plantearse con cierta regularidad la siguiente pregunta: ¿La forma como nos comunicamos

nos está ayudando a lograr un mayor acercamiento y a desarrollar la intimidad, o es un medio que utilizamos, consciente o inconscientemente, para manipular, ofendernos o agredir?

Si se responde con toda honestidad a esa pregunta, el análisis de las respuestas permitirá definir hacia donde se deben enfocar las acciones tendientes a lograr que la comunicación dentro de la familia, o comunicación intra-familiar, les ayude a lograr una dinámica familiar positiva, que actúe a favor de todos sus miembros, creando condiciones favorables que les permitan hacer lo necesario para apoyarse mutuamente, desarrollarse y ser mejores.

Elementos que influyen en la comunicación intrafamiliar

No es fácil lograr el equilibrio necesario para que la convivencia y la comunicación entre los integrantes de la familia, mantenga un enfoque positivo y constructivo.

El proceso de convivir, compartir y desarrollarse a través del contacto intenso y diario con otras personas, es todo un arte, que requiere una actitud positiva y propositiva y el desarrollo de habilidades enfocadas a lograr que la convivencia produzca resultados positivos para todos los involucrados.

El desarrollo de esa actitud y habilidades, solo puede darse a plenitud cuando se fundamente en el amor, es decir en el verdadero propósito de aportar lo mejor de uno mismo para contribuir a la felicidad y realización de la otra o las otras personas involucradas.

El amor pues, se convierte en el principal motor y

motivador, para lograr armonía al convivir con quienes se comparten las cualidades y defectos, los momentos alegres y tristes y los estados de ánimo positivos y depresivos.

Si se quiere asegurar que la comunicación trabaje a favor de la familia, es importante hacer lo necesario para lograr que todo intercambio de palabras tenga un propósito positivo: ayudar, mejorar, aclarar, acercar.

Cuando la comunicación pierde ese propósito, fácilmente se distorsiona y se enfoca a molestar, castigar, maltratar o afectar, provocando un resultado destructivo que va a ser contraproducente para los involucrados, pues se va a revertir, y tarde o temprano los va a golpear, provocando que en vez de ser un factor de unión, se convierta en elemento de distanciamiento y deterioro de las relaciones familiares.

Así como en las empresas se buscan resultados, la comunicación en la vida familiar debe enfocarse a lograr objetivos. Es importante que esos objetivos estén claramente definidos, se compartan y se conviertan en un compromiso, adquirido libremente y de común acuerdo primero por los padres, para luego en su momento, involucrar a los hijos.

Si en la propia experiencia, la comunicación familiar no está logrando lo descrito anteriormente, seguramente es debido a que se está dejando que los procesos ocurran al azar, en lugar de hacer lo necesario para que los procesos de comunicación, principalmente cuando se trata de aspectos importantes en la vida familiar, tengan un propósito claro y sigan un orden para lograrlo.

Al comunicar aspectos importantes para la vida familiar, es necesario prever lo siguiente:

Qué decir. Es difícil comunicarse cuando no se ha definido con claridad qué es lo que se quiere decir. Si no hay esa claridad se corre el riesgo de confundir el mensaje con los propios deseos, sentimientos, temores o necesidades, deformando su contenido.

Cómo decirlo. Toda comunicación debe ser respetuosa, pero también tiene que ser adecuada a la temática, a la persona a quien está dirigida y a la situación particular en la que ésta se presenta.

Cuándo decirlo. Siempre hay un mejor momento y un estado emocional adecuado, para lograr mayor receptividad. A veces es conveniente esperar ese momento para lograr una comunicación eficaz. Y luego, ya durante el proceso mismo de comunicación, es importante poner en práctica lo siguiente:

Escuchar con comprensión. Puesto que la comunicación es un proceso de ida y vuelta, se requiere combinar el hablar con el escuchar. Escuchar implica receptividad y disposición a entrar en sintonía con los sentimientos del otro.

Tomar en cuenta los aspectos no verbales. No basta con escuchar las palabras, se requiere disposición y receptividad para poder captar todo lo que la pareja transmite con sus miradas, gestos y posturas. Tomando conciencia también de los propios gestos. Para lo cual

se requiere un contacto visual continuo, asegurando que la expresión de la cara demuestre atención.

Verificar la recepción. Al parafrasear algunas de las ideas que ha expresado el otro y realizar preguntas aclaratorias, se puede verificar si realmente se está captando e interpretando correctamente lo que el otro quiere expresar.

La comunicación y el desarrollo de la relación

Así como hay evidencia de que las relaciones entre las personas son responsables en gran parte de la felicidad que experimentan los seres humanos, también está demostrado que las relaciones no se dan en forma automática e instantánea.

Toda relación humana es el resultado de un proceso, es decir, de una serie de acciones, situaciones, elementos y decisiones, que al irse sumando, van llevando a un resultado. El resultado logrado conforme se avanza en ese proceso, puede ser positivo y favorable, o destructivo e insatisfactorio.

Las acciones que se realizan en el día a día, en cualquier tipo de relación, y de manera especial en las relaciones familiares, llevan a los involucrados a una serie de resultados que los hace sentirse más humanos, comprendidos, apoyados, alegres y satisfechos; o por el contrario, los lleva a experimentar frustración y vacío.

Las relaciones familiares no pueden dejarse al azar. Si los integrantes de una familia realmente quieren lograr que la convivencia entre ellos sea un medio

que les ayude a complementarse, apoyarse y crecer como personas, es decir, a lograr que predominen los aspectos positivos, deben actuar de manera enfocada, propiciando los aspectos que nutren y refuerzan la relación y evitando las situaciones que la afectan negativamente, o la destruyen.

Si se parte de la base de que la formación de la familia comienza con la integración y el desarrollo de la pareja, todo lo que se haga para lograr el entendimiento mutuo entre los integrantes de la pareja va a influir en la totalidad de la familia. Por lo mismo, es importante que los esfuerzos enfocados a lograr una comunicación positiva y enfocada a nivel familiar, comiencen en la propia pareja.

Papel de la comunicación

La comunicación es uno de los mejores mecanismos con los que cuenta la pareja para desarrollar el entendimiento mutuo; un combustible indispensable para impulsar, consolidar y acrecentar la relación, y a la vez mantener viva la llama del amor; pero para que logre su cometido, es indispensable aprender a dominar su arte, de la misma forma que el pintor experto sabe combinar los colores y aplicar la pintura con trazos armónicos, en mayor o menor cantidad, para generar el efecto deseado.

Cuando los integrantes de una pareja se comunican de manera adecuada, se sienten bien consigo mismos, porque logran hacer contacto positivo y real con la persona a quien aman, y ese contacto, les permite expresar sus deseos, preocupaciones y sentimientos, de tal forma que se les facilita sentirse comprendidos

y resolver los problemas, normales en toda relación, sin necesidad de agredirse ni ofenderse.

Las diferencias interpersonales y su influencia en la comunicación

En una ocasión, estando de viaje en una ciudad poco conocida para ellos, un matrimonio se vio en la necesidad de rentar un auto para realizar sus traslados hacia diferentes lugares de la periferia. El esposo conducía el auto mientras se dirigían hacia un lugar específico, cuando cayeron en la cuenta de que ya habían pasado varias veces por el mismo lugar y aparentemente estaban perdidos. De inmediato ella propuso:

—Vamos a detenernos en una estación de gasolina, para que pidas información y te orienten.

Quienes están leyendo este relato, sin lugar a dudas podrán suponer la reacción y la respuesta del esposo. ¡Efectivamente, acertaron! El esposo respondió:

—Yo sé perfectamente por donde andamos, no necesito preguntar.

Y siguieron recorriendo las calles de la zona sin llegar al lugar buscado. Finalmente, después de que la esposa insistió dos o tres veces más, el despistado conductor se detuvo junto a un negocio, pidió indicaciones y en unos cuantos minutos más llegaron a su destino. Pero obviamente, no sin que la esposa reivindicara que todo el tiempo había tenido la razón, utilizando la temida frase ¡Te lo dije!”.

Este tipo de historias, forman parte de la convivencia y la relación diaria en la vida familiar y se repiten de mil formas diferentes y con matices muy variados

en cada familia, poniendo en evidencia la realidad de esas diferencias, que van mucho más allá de lo físico. Diferencias que pueden resultar de gran valor si se aprovechan para complementar, construir y enriquecer; o que pueden causar enojos y conflictos cuando son ignoradas, incomprendidas o mal manejadas.

La realidad de las diferencias

Existen numerosos estudios enfocados a detectar y explicar las diferencias existentes entre ambos sexos, menos visibles que las físicas, pero no por eso menos reales. Hombres y mujeres tienen distintas maneras de pensar y de sentir, hablan idiomas distintos y si no se cae en la cuenta de esas diferencias, se corre el riesgo de malinterpretar.

Además de las diferencias entre sexos, en una familia hay diferencias de edad, de personalidad, de temperamento, de intereses y habilidades y muchas más que podrían formar parte de una larga lista, algunas de ellas, por el impacto que tienen en la dinámica de la vida familiar.

Diferencias de carácter. Puede haber personas con mucha decisión y que demuestran una gran seguridad en sí mismas, así como personas que necesitan mucho apoyo y a quienes se les dificulta tomar una decisión sin tener la aprobación de otros.

Manejo de sentimientos. La forma como los integrantes de una familia manejan sus sentimientos suele diferir. Hay quienes demuestran una gran

emotividad y quienes ante una situación complicada se mantienen demasiado ecuanímenes, dando la impresión de que no les importa.

Formas de expresión: Hay quienes manifiestan lo que sienten por medio de palabras, les gusta explayarse cuando hablan y les agrada que los escuchen mientras comentan todo con lujo de detalles. En cambio, hay otros que hablan tan poco, que parece que tienen la consigna de emplear las menos palabras posibles para transmitir sus ideas.

Formas de relación. A algunas personas les cuesta trabajo abrirse y expresar sus sentimientos, por eso cuando están molestos o enojados, tienden a encerrarse en sí mismos y evitan hablar. También hay quienes necesitan compartir lo que sienten o piensan, por lo cual aprovechan cuanta oportunidad se les presenta para hablar, buscando que se les escuche, se les preste atención, se les demuestre interés, que se les haga sentirse apreciados y tomados en cuenta.

Cómo capitalizar las diferencias

Todos los seres humanos merecen el mismo respeto, tienen los mismos derechos y comparten la misma dignidad, por el mero hecho de ser personas.

Sin embargo, eso no quiere decir que todas las personas sean iguales; afortunadamente existen diferencias y esas diferencias son valiosas porque complementan y enriquecen.

Al conocer a los integrantes de cualquier familia, no es difícil caer en la cuenta de que además de las

obvias diferencias físicas entre hombres y mujeres, se puede fácilmente observar que entre los integrantes de una misma familia, se encuentran personas que piensan, sienten, reaccionan y se comunican de formas diferentes.

Tomar conciencia de algunas de esas diferencias de comunicación y de relación, resulta de gran utilidad en la vida familiar, pues una mayor comprensión y aceptación de las diferencias, ayuda a manejar la comunicación y las relaciones con mayor habilidad, evitando muchos malos entendidos y permitiendo aprovechar esas diferencias para nutrir la relación, incrementar el respeto y desarrollar la aceptación, el cariño y el amor.

La falta de comprensión de las diferencias provoca errores de interpretación, que en lugar de ayudar a lograr una mejor comunicación y entendimiento, provocan distanciamiento y conflicto.

Querer que un miembro de la familia piense, sienta, razone y valore las cosas de la misma manera como lo hace uno mismo es un grave error. Aceptar que los miembros de una familia son diferentes, comprender las diferencias, respetarlas, aprovecharlas como complemento, usarlas para construir, puede ser una fuente enorme de riqueza dentro de las relaciones familiares, pues cuando se piensa así y se actúa así, la relación se alimenta y se da el acercamiento y la comprensión, que generan gran satisfacción en los involucrados.

Mejorar la comunicación y la relación a través de la capitalización de las diferencias, en realidad no es tan complicado como parece. No se requiere de una nueva energía extraordinaria. Basta con utilizar el mismo nivel de energía que se está utilizando

ahora, pero enfocándola de manera distinta, es decir, tratando a cada persona de acuerdo a sus características particulares, tomando en cuenta sus sentimientos y su manera de pensar.

Si se actúa de esa manera, sin lugar a dudas se lograrán resultados muy positivos a favor de la armonía y convivencia familiares.

Cómo lograr una comunicación efectiva y positiva con los hijos

Ya se ha enfatizado el hecho de que el desarrollo de una verdadera comunicación entre los miembros de una familia, es uno de los medios que más contribuyen a desarrollar relaciones interpersonales positivas.

Partiendo de ese principio, los padres deben establecer como una de sus prioridades el lograr crear condiciones que les ayuden a comunicarse efectivamente con sus hijos.

En ocasiones no se da importancia a la creación de un ambiente que propicie la comunicación franca y abierta, hasta que se presentan los momentos de crisis, o las épocas particularmente difíciles, como la pre-adolescencia o la adolescencia.

Esperar a que aparezcan las crisis para tratar de iniciar procesos de comunicación es algo muy arriesgado y poco eficaz. Por lo mismo, los padres deben estar conscientes de que es necesario sembrar para poder cosechar, y esa siembra se tiene que realizar, en forma continua, desde las primeras etapas del desarrollo de sus hijos.

Recordando lo básico

La comunicación es la base de toda relación humana, por lo mismo, todos los seres humanos somos capaces de comunicarnos, sin embargo, habrá que preguntarse ¿de qué manera nos estamos comunicando y cuáles son las consecuencias de esa comunicación?

Una verdadera comunicación implica diálogo, es decir, que se habla y se escucha, pero sobre todo esto último: se escucha, no solamente se oye, sino que se ponen en juego los oídos y la mente. Se busca captar, comprender, sintonizarse con lo que la otra persona está queriendo decir, no solo a través de sus palabras, sino también por medio de su cuerpo, sus actitudes, miradas, e incluso, por medio de sus silencios.

Los padres tienen que darse la oportunidad y tomarse el tiempo necesario para hacer un alto en el camino, y analizar la forma como se están manejando los momentos de comunicación con cada uno de los hijos.

Es válido preguntarse si esos momentos realmente son de diálogo, o se han convertido en un monólogo, en sermones, en críticas o en regaños.

Al analizar la realidad que se está viviendo en los procesos de comunicación con los hijos, deben surgir cuestionamientos como: ¿Qué consecuencias están surgiendo como resultado de esa comunicación? ¿Los padres están realmente escuchando lo que los hijos les quieren decir?

Por qué falla la comunicación con los hijos

Muchas veces los problemas son un resultado que

era de esperarse, pues simplemente son el fruto lógico de lo que se ha ido sembrando durante el proceso de desarrollo de los hijos.

Suele suceder que cuando los hijos son pequeños, los padres no les prestan suficiente atención, pensando que llegará un momento en el que podrán hablar con ellos de adulto a adulto y entonces sí se podrán comunicar de una manera adecuada.

Partiendo de esa idea, tratan a sus hijos pequeños como individuos sin voz ni voto, e incluso se muestran molestos cuando los niños tratan de expresar alguna idea, enfatizando en el hecho de que “las conversaciones son entre adultos” y los niños deben retirarse y callarse, para que no interrumpan ni molesten.

Les hacen sentir que todo lo que dicen es irrelevante, y en ocasiones dan más importancia al programa de televisión que están mirando, o al periódico que están leyendo, que a lo que el hijo les quiere comunicar. Se demuestra a los niños, una y otra vez, que hay muchas cosas que tienen mayor prioridad que dedicar tiempo a escuchar al hijo, o prestar atención a lo que éste quiere preguntar o compartir.

Cuando ese tipo de comportamientos por parte de uno o ambos padres, se presenta en forma repetitiva, los hijos se dan cuenta de que no les resulta positivo buscar la opinión o el consejo de sus padres y aprenden a guardarse sus inquietudes y pensamientos, procurando acudir a sus amigos para comunicarse, sentirse escuchados y tomados en cuenta, y de esa manera, poco a poco, de forma casi imperceptible, se va construyendo un muro, una barrera que marca distancia entre padres e hijos impidiendo el flujo de la comunicación.

A veces los padres consideran que les es más cómodo dejar que sus hijos sean atendidos por alguien más, procurando que sean otros quienes los escuchen, los entretengan, jueguen con ellos, los hagan reír o los consuelen; porque consideran que las preocupaciones de sus hijos, son cosas de niños, y ellos como padres, tienen cosas más importantes que hacer.

Desgraciadamente, los padres muchas veces no se dan cuenta de eso hasta que ya es demasiado tarde, es decir, cuando comienzan a aparecer las situaciones problemáticas y las crisis, particularmente durante la adolescencia.

Al llegar los momentos de crisis, algunos padres reaccionan y quieren abrir caminos de comunicación en donde se han estado levantando barreras, encontrándose con que están a destiempo, pues los muchachos van entrando en un proceso, que en forma natural, los lleva a marcar una sana distancia con sus padres, para ir forjando su propia identidad, y por lo mismo, los esfuerzos de los padres por tratar de acercarse, no encuentran el eco requerido.

Si se hace un análisis honesto de este tipo de situaciones, no debe resultar extraño que los hijos, especialmente al llegar a cierta edad, encuentren difícil y hasta molesto el comunicarse con sus padres.

Por eso es muy importante sembrar un ambiente de apertura y receptividad, para poder cosechar disponibilidad y confianza por parte de los hijos.

Cómo abrir caminos de comunicación

Querer formar caminos de comunicación cuando los hijos están en plena crisis resulta sumamente

difícil, por eso es importante adelantarse y comenzar a desarrollar la apertura, la confianza y la comunicación desde mucho antes.

Entre los medios que han ayudado a algunas familias a establecer una comunicación abierta con sus hijos, desde que éstos eran pequeños, se pueden citar los siguientes:

Contar con momentos especiales. Definir tiempos específicos, dedicados totalmente a “platicar en familia”.

Aprovechar oportunidades. Capitalizar situaciones como las charlas de sobremesa para dejar que los niños hablen, sin que los interrumpan ni los adultos, ni sus hermanos y dando oportunidad a todos.

Enfoque total. Cuando un hijo de manera espontánea se acerca a hablar con alguno de sus padres, dejar lo que se está haciendo y hacer contacto visual con él para escucharlo atentamente, demostrándole que lo que tiene que decir es realmente importante para sus padres.

Tiempos individuales. Propiciar ocasiones para estar a solas con cada hijo en particular, y en forma espontánea pedirle que platique algo que sea de su interés: su deporte favorito, sus amigos, la película que vio.

Existen muchos más, pero lo importante es que esto no ocurra una vez, sino que se repita muchísimas, en forma consistente. De esta manera, cada uno se sentirá importante, elevará su autoestima, establecerá una relación de confianza con sus padres y aprenderá

que es posible un dialogo sin temor, porque no se le va a juzgar ni a regañar, simplemente se le va a escuchar.

Cómo comunicarse con un hijo adolescente

Para algunos padres resulta difícil sostener una conversación con sus hijos adolescentes. No porque los padres no quieran conversar, sino porque parece que los adolescentes sienten una especie de “alergia” a hablar con sus padres, por lo que evitan a toda costa que las pláticas vayan más allá de lo indispensable y para lograrlo, han desarrollado el ingenioso arte de responder con gruñidos, ruidos extraños y monosílabos de múltiples usos como el “mmm...” y el “okey”.

Parece que esa cultura de incomunicación con los padres va en aumento. ¿Qué es lo que está pasando? Estudios de investigación revelan que los niños y jóvenes actuales son más dependientes de sus amigos y compañeros de lo que sus predecesores solían ser.

Por lo mismo, hablan más con sus amigos, creen en lo que ellos dicen y los imitan, especialmente copiando sus comportamientos de falta de respeto a la autoridad, a las normas, a los buenos modales y al cumplimiento del deber. Eso los predispone a evitar hablar con quienes pudieran cuestionar el comportamiento que ven en sus amigos.

Los resultados de esos estudios, no son ningún consuelo para los padres, pero ponen en evidencia el hecho de que los padres de hoy, debemos esforzarnos mucho más, para poder comunicarnos con nuestros hijos adolescentes. Si se logra que la comunicación con los hijos sea buena, la relación en general será buena y

tendremos mayores posibilidades de ayudarles.

Aunque no se pueden conseguir resultados sin trabajo y esfuerzo, si se puede lograr que los esfuerzos se enfoquen adecuadamente, especialmente si se toma en cuenta lo siguiente:

Crear momentos especiales. En cada familia se puede instituir que al menos una vez a la semana, haya un evento que congregue a la familia de manera informal y en un ambiente agradable para todos: preparar una carne asada, o mandar traer una pizza y hacer lo necesario para que ese evento sea un punto de convivencia y de plática tan atractivo, que todos los miembros de la familia estén esperando con gusto ese momento. Si el ambiente es realmente positivo, la comunicación se dará sin problemas, en forma espontánea y natural.

Presencia física. Cuando los hijos se hacen más independientes y pasan más tiempo fuera de casa, es común que los padres aprovechen también para salir de casa. Sin embargo, es importante que los papás busquen “intencionalmente coincidir” para que al menos uno de ellos esté en casa cuando los hijos llegan. Los hijos se darán cuenta de que hay alguien que los recibe y está disponible para hablar con ellos cuando lo requieran. Y aunque en muchas ocasiones no se suscite un diálogo, con una vez que ocurra, la espera valdrá la pena, porque mantendrá vivo ese canal de comunicación.

Cultivar las oportunidades. Hay ocasiones, aunque no frecuentes, en que los hijos espontáneamente se acercan a alguno de los padres para comentar algo.

Son oportunidades que hay que aprovechar para que el hijo se sienta escuchado, tomado en cuenta, respetado y apoyado. Pero para que eso suceda, los padres tienen que hacer lo necesario para que en ese momento el hijo sea su único centro de atención. Por desgracia, muchas veces ganan las ocupaciones y esas oportunidades, que difícilmente se repiten, se escapan de las manos.

Aprovechar experiencias de alto impacto. A veces sucede que alguno de los hijos es sacudido por algún acontecimiento cercano a él, como la muerte de un compañero; el arresto de algún conocido; el éxito espectacular de alguien cercano, o el embarazo de una compañera adolescente. Situaciones como las citadas, son oportunidades de oro para escuchar la opinión de los hijos, conocer su manera de pensar ante esos hechos, e inducirlos a que saquen conclusiones y aplicaciones prácticas.

La comunicación y la transmisión de valores

Las noticias que se transmiten a diario a través de los medios, nos llevan a tomar conciencia de situaciones alarmantes: guerras, genocidios, asesinatos, suicidios, robos, violación de derechos, etc. Todo eso pone en evidencia una falta de claridad en relación a lo que es realmente importante y una crisis de valores en la sociedad.

Los cambios en el entorno y sus impactos en la sociedad son evidentes. Se ha pasado de una ética del esfuerzo a una de la diversión. Se promueve la

ley del menor esfuerzo, el recibir sin aportar, disfrutar sin compromiso, en tanto que las fórmulas de “hágase rico sin esfuerzo” y “disfrute sin preocupaciones”, han llevado a muchas personas a convencerse de que se merecen todo y que por lo mismo tienen derecho a recibir sin aportar nada a cambio.

Esa manera de pensar provoca que las personas vean como normal dejarse llevar por sus sensaciones y emociones, teniendo como meta lo instantáneo y el placer por el placer, utilizando como argumento el que “todos lo hacen” y si todos lo hacen ¿qué tiene de malo?

El papel de los valores

La esencia de los valores se encuentra en las virtudes y cualidades que vuelven a una persona más humana, en todo aquello que lleva al hombre a crecer en su dignidad y en su persona.

Se les llama valores porque son valiosos, porque valen tanto que se convierten en algo que mueve a quien lo vive, de manera que da rumbo y significado a su vida.

Si se quiere lograr que la familia utilice la comunicación como medio para transmitir valores, vale la pena detenerse por un momento y analizar cuáles son los principios que rigen la propia vida, principios como la honestidad, el respeto a los demás, la responsabilidad o el espíritu de superación.

Al realizar ese análisis es posible darse cuenta de que la semilla de dichos principios cada quien la recibió de su propia familia. Esa semilla pudo germinar y crecer, primero porque fue sembrada, pero también, porque

en muchos casos, el entorno familiar, escolar y social la reforzó y ayudó a su desarrollo.

Las familias de hoy se encuentran inmersas en un entorno que no solamente no ayuda, sino que al contrario, ataca y obstaculiza. En estas condiciones, si nos limitamos a seguir actuando como se actuaba cuando el entorno ayudaba, obviamente no vamos a lograr los resultados que buscamos.

Lo primero que los padres deben preguntarse es: ¿Cuáles son los valores que vivimos como pareja? ¿Cuáles son los valores que estamos adoptando, viviendo y proyectando como familia? Y a partir de esa realidad, cuestionarse sobre lo que está ocurriendo en su propia familia y ponerse de acuerdo en relación a qué valores quieren reforzar, desarrollar y vivir como pareja y como familia, a fin de que una vez definido lo anterior, puedan planear la forma de hacer lo que sea necesario para llevarlos a la práctica.

La formación en valores no se da por accidente

Una vez definidos los valores que se desean promover en la familia, los esposos deben observarse a sí mismos y asegurarse de que sus comportamientos no sólo no vayan en contra de esos valores, sino que los modelen, refuercen y promuevan.

Cuando los padres estén seguros de que su comportamiento está enfocado en la dirección deseada, deberán trabajar para que ese comportamiento se siga dando de manera consistente, puesto que el primer modelo que sirve de guía a los hijos es el comportamiento de los padres.

Contando con esas bases, se debe avanzar en el desarrollo de los valores familiares, propiciando primero entre los esposos y luego entre los hijos, conductas y comportamientos específicos que vayan desarrollando hábitos, enfocados a los valores que buscan promover.

Para tener éxito en esta labor tan importante se requiere trabajar de manera enfocada y sistemática, para lo cual puede ser de gran utilidad tomar, considerar y llevar a la práctica las siguientes acciones:

Involucrar. Si los miembros de la pareja están tratando de cultivar en su familia un determinado valor, no basta con que uno de ellos tome conciencia de esa necesidad y decida actuar en consecuencia. Los padres deben primero involucrarse como pareja y en su momento incluir a los hijos, animándolos a participar activamente en el proyecto.

Si por citar un caso, consideran conveniente trabajar sobre el “respeto”, deben platicar al respecto, invitando al otro a que sugiera formas que ayuden a que ese valor se desarrolle en la relación de pareja y animándose mutuamente a realizar acciones que refuercen dicho valor.

Si sucede que alguien falla, por ejemplo, utilizando sin autorización algo que no le pertenece, o empleando un lenguaje ofensivo hacia la pareja o hacia otra persona, es importante hablar sobre ese hecho, haciendo ver al integrante de la pareja que falló, que con esas acciones está actuando en contra del respeto que se busca desarrollar. Pero no es suficiente señalar la falla, es importante involucrar a la persona e invitarla a que sugiera qué hacer para que esos comportamientos no se repitan.

Reforzar. Si uno de los integrantes de la familia realiza alguna acción destacada relativa a alguno de los valores sobre los que se ha decidido trabajar, es importante resaltar el hecho haciendo ver que de esa manera se está avanzando en la dirección deseada.

Por ejemplo, si uno de los hijos hizo un esfuerzo especial para cumplir con alguna de sus obligaciones, hacer ver que esa acción es un ejemplo claro de responsabilidad y animarlo a que siga actuando de esa manera.

Respeto a la individualidad. Al ayudarse a mejorar y desarrollarse, los integrantes de la familia, especialmente los padres, deben estar conscientes de que cada persona es diferente y que por lo mismo, aunque se parta de una base común, no se puede ni se debe forzar a que todos actúen de la misma forma. Esta actitud de respeto debe extenderse a todos los miembros de la familia. De manera particular al ayudar a los hijos en su proceso de formación, los padres deben estar conscientes de que cada hijo es diferente

Es conveniente fijar bases de respeto y promover el “trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti”, pero aceptando que partiendo de una base de respeto, necesariamente existirán diferencias: uno de los cónyuges puede ser muy ordenado y otro no necesariamente, siempre y cuando el exagerado orden de uno o el “desorden organizado” del otro, no afecten a los demás miembros de la familia, ni dañen a los propios involucrados.

Tenacidad. Roma no se hizo en un día y las cosas que valen la pena tampoco. Por lo mismo, para desarrollar

valores, no basta con hacer uno o dos buenos intentos. La labor de formación y sobre todo la formación en valores, tiene su origen principalmente en la familia y requiere por parte de los esposos primero que nada enfoque y acción, y luego, constancia y tiempo.

Por lo mismo, si se comienza a trabajar y no se ven resultados inmediatos, no hay que desanimarse, al contrario, es necesaria mucha creatividad para encontrar formas adecuadas a cada caso y una gran dosis de tenacidad, para continuar sembrando una semilla que tarde o temprano va a fructificar, a pesar del ambiente adverso.

Cuarta parte



La familia como proyecto de vida



Un proyecto es un proceso planeado, enfocado a lograr un resultado previamente establecido en un tiempo determinado. Para todo matrimonio su relación como pareja debería ser un proyecto enfocado a la felicidad de sus integrantes y en consecuencia, tendrían que trabajar de manera sistemática para asegurar que ese proyecto logre su objetivo.

Cuando se inicia un proyecto, se definen con claridad los recursos requeridos, el capital con el que se cuenta y las limitaciones y riesgos involucrados en el mismo, y a partir de allí, se hace lo necesario para sacar el máximo provecho de lo que se está poniendo en juego.

En el proyecto familiar, sus miembros, comenzando por los padres, deben analizar con qué cuentan y qué les hace falta, es decir, cuáles son sus fuerzas, cualidades, deficiencias y áreas de oportunidad, para que teniendo presente todo eso, aprovechen al máximo lo que tienen y eviten querer construir con lo que no tienen o no podrán conseguir.

El desarrollo, fortalecimiento y crecimiento de una relación depende de los involucrados. Si la vida está enfocada a buscar la felicidad, y las relaciones constructivas entre las personas son un factor importante para avanzar por ese camino, vale la pena dedicar tiempo y esfuerzo para que la convivencia

diaria, especialmente en la relación matrimonial y familiar, sea un factor de acercamiento, unión y crecimiento humano.

Para lograr ese enfoque se pueden realizar numerosas acciones, de entre las cuales es importante tomar en cuenta aquellas que tienen particular impacto.

Aceptación. Cada integrante de la familia tiene cualidades y defectos. Si se acepta a cada persona con sus características positivas y negativas y se hace lo necesario para tener presente y aprovechar al máximo todo lo positivo, la relación se reforzará y el trato será agradable y constructivo.

Responsabilidad. Todos los integrantes de la familia, pero en primera instancia los padres, deben asumir la responsabilidad de la relación y hacer lo necesario para que avance hacia su verdadero propósito: la realización y felicidad de todos los miembros de la familia. Para avanzar en esa dirección, deben elegir las actitudes, pensamientos y sentimientos que les pueden ayudar para dirigir las relaciones en la dirección deseada.

Manejo de problemas. Si en la relación familiar las cosas no están saliendo bien, hay que evitar la búsqueda de culpables y esforzarse para encontrar las causas y aplicar soluciones adecuadas.

Poner lo mejor. La familia es un proyecto en el que está involucrada la felicidad de sus integrantes y que para lograr su propósito requiere de enfoque, decisión y acción, es decir que cada uno de los involucrados ponga en él lo mejor de sí mismo.

La importancia de la visión de familia

Muy pocas personas tienen una visión clara para su familia, que vaya más allá de una idea general e intención de vivir felices para siempre. Pero eso solo es tener un buen deseo; y con buenos deseos no se construye la vida.

Una visión clara y bien definida para la familia puede ayudar a los individuos que la conforman a fijar y establecer metas reales y metas verdaderas, que no queden solo en buen deseo.

Desarrollar un proyecto de vida alrededor del núcleo familiar reclama conversar e interactuar sobre lo que cada uno realmente desea. Ejemplo, a los niños hay que buscarles conversación sobre lo que quieren ser cuando lleguen a grandes. Ponerlos a soñar con ser abogados, doctores, ingenieros, músicos, etc.

Esto es importante porque con ello se va fortaleciendo la conciencia de metas que lograr y destino que alcanzar.

La pareja por su parte, debe hablar con frecuencia de la adquisición de la casa soñada. De las vacaciones anuales familiares; no porque se tengan los recursos para hacer esto, sino para esforzarse luchando, ahorrando y trabajando por cumplir esas metas y esos plazos.

No se requiere tener grandes recursos para ir a un balneario, o al pueblo donde uno de ellos tiene sus raíces, etc. Lo que se requiere es voluntad y un compromiso con la visión de ser familia que se transmita de grandes a chicos y de chicos a grandes.

¿Cuántos de nosotros recordamos con nostalgia positiva los pocos viajes familiares realizados durante

la infancia?, o las veces en que papá nos llevó al parque, o cuando íbamos a visitar algún familiar en una fecha especial. Pues eso, precisamente, es lo que le da fuerza a la idea y a la visión de ser familia y vivir como familia.

Lo que sucede hoy día es que la gente ha abandonado la idea de ser familia, conformándose con tener un centro de encuentro llamado casa, en donde concurren al final de sus jornadas diarias para ver televisión, comer cada quien por su lado y luego encerrarse cada uno en su habitación.

Prácticamente la vida familiar de muchos, no es más que una vida de hotel: Llegar, comer, dormir, levantarse, cambiarse de ropa y volver a salir.

Debemos luchar contra esta patética manera de ser familia y obligarnos a incluir más elementos y de mayor calidad que los descritos aquí.

Insisto, hay que dialogar sobre lo que la familia desea en la vida; no queremos pasarnos la vida rentando siempre, queremos comprar auto alguna vez, lucharemos porque los hijos vayan a las mejores escuelas posibles, tendremos fiestas de cumpleaños, celebraremos la navidad, saldremos a comer juntos de vez en cuando, pasaremos suficiente tiempo con los hijos, iremos puntualmente a las sesiones de padres de familia en la escuela, llevaremos periódicamente los hijos al dentista, etc., etc.

Hay que unir a la familia en una sola ruta, la ruta de la unidad, del esfuerzo común, del enfrentar juntos los problemas, de que haremos todo lo posible porque ninguno quede aislado del resto, de que todos serán bien amados, de que no habrá favoritismos, de que se trabajará por descubrir las necesidades no solo físicas, sino también anímicas y emocionales de cada uno

para tratar de suplirlas.

Si no se cuenta con una visión semejante de ser familia, quizás se mantenga el grupo junto toda una vida; pero “juntos” y “unidos”, no son exactamente la misma cosa. Hay quienes están en casa “de cuerpo presente”, como los muertos lo están en un velatorio.

Otros, por el contrario, están unidos en una maravillosa pro actividad que los hace no solamente sentirse dichosos, sino también envueltos en una cubierta tibia de amor, protección y sensación de pertenecer a algo insustituible, que no solamente les durará por largo tiempo, sino que replicarán una vez que sean dueños de sus propios hogares, sueños y destinos.

Elementos de una visión de familia

La fe. Es tan corta esta palabra, que corremos el riesgo de quedarnos cortos también en su interpretación, entendimiento y práctica.

La Biblia dice que “Fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”. Entonces, esencialmente, la fe tiene que ver con esperar algo que se anhela, con graficar un cuadro en la mente y el corazón, aun antes de haber tomado siquiera el pincel y accionar con el.

Cuántas personas se casan sin tener ni la más mínima idea de lo que realmente quieren y lo que verdaderamente buscarán en ese peregrinar que comienza con la pareja y luego incluye a los hijos. En pocas palabras, muchos se casan sin la visión, que se desprende de la fe, de lo que quisieran ser como familia.

Pero es que, en el mundo y época presentes, la fe ha sido postergada y dejada prácticamente al final de la lista de las esencialidades. Se considera solo como una especie de adorno que hace verse mejor el cuadro, pero algo con lo que no se come y tampoco se pagan las cuentas; por consiguiente, algo que puede esperar para cuando se pueda.

El resultado ha sido desastroso: ¡Chicos sin alma! Chicos perdidos en el universo de su vida interior, sin pistas ni brújula para encontrarse a sí mismos y encontrar también la razón por la que están aquí y cuál es su destino eterno. ¡Una verdadera tragedia espiritual!

Las prioridades. ¿Qué son las prioridades? Pues algo nada complicado. Es decidir que va primero y que va después. Qué es número 1, y qué es número 2 en nuestras agendas y planes de vida.

Ello significa establecer escalones para cada cosa: Para la devoción individual y familiar; para la iglesia, los deberes escolares, las asignaciones dentro del marco familiar, la diversión, el entretenimiento, la televisión, los juegos electrónicos, los amigos, el deporte, etc.

Como podemos ver, no es difícil establecer prioridades de vida, pero a la vez, no resulta tan fácil como se quisiera en la práctica diaria el establecer prioridades. ¿Razón? Algunos de los elementos citados pujan por estar entre los primeros lugares. La televisión y los juegos electrónicos son los que más forcejean por ocupar los mejores espacios y horarios, no solo en la vida de los hijos... ¡De los adultos también!

Pero, con la suficiente fuerza de voluntad, debemos procurar que las prioridades se ocupen por su verdadero orden de importancia. Y eso es y será una

lucha de todos los días.

Sin embargo, una fórmula sencilla y que no da lugar a enredos es la siguiente lista de prioridades que propongo a continuación:

1. Dios
2. Familia
3. Escuela / Trabajo
4. Iglesia
5. Diversión / Deporte / Amistades
6. Todo lo demás.

Espero que esta fórmula pueda servir a más de alguno que lea este libro.

Las metas. Estas, a diferencia de las prioridades, no tienen que ver con lo que se hace cada día, semana y mes. Se relaciona más bien con cada “parada” o estación que se hará en la vida, con la idea de haber alcanzado algo significativo en esa estación o etapa cumplida.

Las metas de vida familiar, entonces, deben abarcar: Cuántos hijos se van a procrear, la educación de esos hijos, la vivienda familiar, a qué edad los chicos deberán estar graduándose de la universidad, qué actitud se asumirá frente al noviazgo, a qué edad será promovida esta experiencia en los hijos, qué actitud se adoptará frente a yernos, nueras o suegros y los problemas suscitados en esas nuevas relaciones que surgirán, qué pasara cuando los hijos se vayan de casa, etc.

Sin metas, no hay algo muy definido porqué luchar. Sin metas se trabaja por todo y por nada, y puede perfectamente quedarse uno y su grupo familiar estancados, viviendo solo para decir -usando palabras de Jesucristo- “Qué comeremos, qué beberemos, con

qué nos vestiremos”.

Jesucristo dijo que “la vida de una persona no consiste en la abundancia de bienes que posee”. Y efectivamente, la vida es algo más que solo bienes materiales y de consumo. Se puede tener todo eso y no tener una vida con propósito y que tenga verdadero sentido.

Por ello, no podemos permitirnos semejante desperdicio como lo es vivir solo para hacer ciertas cosas y tener otras.

Cuando la vida se “cosifica”, ahí comienza la deshumanización y el hedonismo que son los detonantes de una cultura y humanidad en decadencia.

¿Cómo salvar, no solo a la familia, sino a toda la raza humana de esta forma de auto destrucción? Establezcamos metas a los individuos, a las familias y a todas las demás formas de sociedad.

Las relaciones. Aunque aparecen en este lugar de la lista, no implica que sean lo último en importancia. Todo lo contrario. Cuando las relaciones no funcionan, no hay forma de cultivar la fe, establecer prioridades y metas de vida familiar.

Las relaciones pesan, y pesan bastante.

Y si hablamos de relación familiar, podemos decir que son las que más potencial tienen de producir dicha o desdicha, felicidad o infelicidad, alegría o tristeza.

Las relaciones familiares son las primeras en surgir, luego la lista irá ensanchándose con otro tipo de relaciones: Amistades, vecinos, compañeros de aulas, de trabajo, etc. Pero, sin éxito en esta primaria fase de interacción humana e interpersonal, como es la

convivencia en familia, difícilmente la persona logrará relacionarse con éxito de ahí en adelante en los demás ámbitos.

Es en el contexto de las relaciones familiares donde se aprende a vivir. Ahí aprendemos a perdonar, a aceptar a las personas como son, a dar otra oportunidad, a equivocarnos y reconocer nuestros errores, a pedir perdón cuando es necesario, a actuar con humildad y despojarnos del orgullo. En fin, es ahí donde -como ya expresé- aprendemos a vivir.

Sin ánimo de resultar ofensivo y poco sensible, me atrevería a decir que muchos tuvieron que pasar por el divorcio, debido a que llegaron al matrimonio incompletos de su experiencia en sus hogares de procedencia. Quiero decir, que en su primer hogar no aprendieron humildad, nadie les enseñó a deponer su orgullo, no aprendieron a perdonar y ser perdonados; por ello, terminaron fracasando en su segunda experiencia de familia que fue su matrimonio.

La familia en la perspectiva cristiana

Los elementos vitales que hacen a una familia cumplir con los propósitos puestos por Dios desde su creación, son los que siguen a continuación:

Preservación de la raza. Como ya expresé, la frase divina en las etapas creacionistas, sigue teniendo validez. Dios dijo, una vez completado el programa de la creación, con Adán y Eva: “creced y multiplicaos”.

Pero, entonces, no es que la vida en pareja y la intimidad sexual sean exclusivamente para el apareamiento con fines de crear más vida humana. No, pero son parte del gran proyecto divino para la humanidad: Que se reprodujera mediante el encuentro de su sexualidad.

La gestación de vida, producto de la intimidad sexual de la pareja, es uno de los más maravillosos milagros y experiencias que el ser humano es capaz de vivir. Y no debe, en ninguna manera, menoscabarse tratando el sexo solo como diversión o volviéndonos promiscuos sexualmente hablando, con lo cual profanamos algo que se dio para fines, no solo de gratificación fisiológica, sino de preservación de la humanidad.

Perpetuar la fe en Dios. Cuando Dios saca de manera extraordinaria, con toda una cadena de prodigios y milagros a su pueblo Israel de Egipto, en su instrucción preparatoria para una nueva vida y para su auto conservación, les incluyó lo siguiente: Enseñar a sus hijos y a las generaciones siguientes los mandamientos de la ley divina. ¿De qué manera? Enseñándolos, mientras estuvieran en el camino, que pusieran esa ley

escrita en sus paredes, más tarde, teniéndola siempre a vista de sus hijos; y que les contaran las maravillas que Dios había hecho con ellos en Egipto y en su peregrinar por el desierto rumbo a la tierra prometida.

Esa es una clara instrucción divina sobre la perpetuidad de la fe. ¿En qué consiste eso que llamo “perpetuidad de la fe”? En la transmisión y transferencia de valores, creencias, y sobre todo, el enseñar al individuo desde su niñez a vivir en la conciencia de la existencia de un ser Divino y moral, que nos creó para vivir bajo su ley y bajo sus normas.

Al perpetuar la fe y temor de Dios, la humanidad se mantendría a salvo de la autodestrucción.

Sin embargo, hoy día, vivir bajo la ley de Dios suena como algo represivo; algo que esclaviza al ser humano y le niega sus derechos más elementales, como es el decidir por sí mismo como vivir su vida, como usar su cuerpo y como forjar su destino sin injerencia alguna, aun si se trata de Dios.

Esa filosofía de vida estrictamente humanista, en la que el ser creado pasó a ocupar el lugar de su creador, ha dado pie al “principio del final” del género humano; al “principio de dolores” descrito por Jesucristo para la raza humana y el planeta Tierra.

El humano se volvió autodestructivo cuando salió de la dimensión del temor de Dios; y al volverse totalmente autónomo de la ley divina, estableció sus propias reglas, las que al final, lo han tornado proclive a la autodestrucción y una amenaza latente para todo lo demás que Dios creó.

No es casualidad que haya tanta destrucción ecológica por el manejo irresponsable y amoral de desechos de todo tipo. Es totalmente irracional la explotación que el humano ha hecho de los recursos

con que Dios dotó a la tierra, para beneficio, no de las grandes corporaciones que luego se formaron, sino del individuo, el cual en comunión perfecta con su entorno y habitat, debía administrar la tierra con generosidad, haciéndola producir sus frutos perpetuamente. Eso quedó sepultado en la irresponsabilidad moral, producto a su vez, del alejamiento de Dios por parte del ser humano.

Discipular la fe. Del discipulado de la fe en el contexto familiar, Timoteo, dilecto discípulo del apóstol Pablo, es el mejor ejemplo. En una de sus cartas a Timoteo, Pablo lo felicita por su fe, digna de imitar, que primero se hizo presente en su abuela Loyda y en su madre Eunice, fe que supieron enseñar y transmitir a Timoteo.

Cuando en el libro de los Hechos en el Nuevo Testamento, se relata el encuentro primero entre Pablo y Timoteo, se dice que era de madre judía y padre griego. Esta es la única alusión que se hace del padre de Timoteo, lo cual lleva a concluir en que su influencia fue cero en la vida del joven Timoteo.

El mismo relato refiere que Timoteo era muy querido y apreciado en su comunidad, lo que en suma a lo ya descrito, nos lleva a una conclusión mayor: Ni siquiera se requiere de la presencia e influencia de lo que parece ideal -el binomio hombre y mujer, padre y madre- para lograr un buen producto en los hijos. ¿A qué producto me refiero? ¡Al discipulado de la fe!

Timoteo fue un fiel cristiano debido a que su abuela y madre, respectivamente, hicieron un buen trabajo como mentoras y modelos de la fe cristiana. Cuando Timoteo llegó bajo la influencia paulina, ya casi era un producto terminado. Pablo solo tuvo que orientar conocimientos y dones espirituales en Timoteo, pero

el mayor trabajo estaba hecho.

¿Qué pasaría si la mayoría de nosotros hubiese tenido ese discipulado de la fe cristiana y esa mentoría con excelente modelaje de la fe en nuestra infancia? Nos habría ahorrado múltiples problemas de vida y nuestra vida se habría enrumado en los propósitos divinos en el mejor tiempo, que es la niñez.

Se dice que es más fácil enderezar un árbol mientras crece, que tratar de enderezar un árbol que creció torcido. Así nos ha pasado a millones de cristianos, quienes vivimos vidas alejadas de Dios y atrapados en la disfuncionalidad espiritual, social y psicológica, llegando a los pies del Señor en condición y edad adultas; teniendo que aprender a calzar una horma totalmente desconocida hasta entonces, como es la horma del caminar con Dios y el andar en la vida cristiana.

Por todo lo anterior, entendamos que, en gran medida, la responsabilidad que Dios nos ha puesto en el contexto de nuestras familias es discipular la fe de los hijos para que conozcan a Dios desde temprano y que se cumpla en ellos el proverbio bíblico que dice: “Instruye al niño en su camino, y cuando fuere viejo, no se apartara de él”.

Pero, por lo contrario, cuántos adultos hay en la iglesia, que se volvieron al cristianismo ya en edad adulta, cuyos hijos por esa causa, crecieron y vivieron alejados de Dios y aislados de la fe, porque papá y mamá, demasiado tarde buscaron los caminos del Señor; y como dice la Biblia, puesto que “todo tiene su tiempo y su momento oportuno”, quisieron influir cristianamente en sus hijos a deshora, a destiempo, cuando pudieron haberlo hecho en la hora correcta. ¡Triste tener que decirlo!

Establecer el modelo de Dios. La familia nace del designio de Dios, si hay lugar seguro donde encontrar perfectamente definido el modelo de Dios para el matrimonio, la familia y el hogar, incluyendo a los hijos, es en las cartas paulinas Efesios y Colosenses.

En ellas, Pablo indica que el marido es cabeza del hogar, y que su principal asignación es impartir guía y dirección. Que la mujer debe actuar en sujeción y respeto, honrando a quien es su cabeza. Que el marido no debe tratar con aspereza a su mujer, sino cuidarla con ternura, como quien cuida su propio cuerpo. Que los hijos deben criarse “en el Señor”, teniendo el cuidado de que no crezcan provocados a enojo por sus progenitores. Que los hijos deben honrar a padre y madre “para que les vaya bien y sean de larga vida”. En fin, solo es de leerse despacio y en actitud de sometimiento a la Palabra de Dios, y entonces –como se dice- no hay pérdida.

Establecer el modelo de Dios para la familia, entonces, es una de las principales encomiendas dadas por El a quienes la conforman. Eso desde ya indica la necesidad de remover y eliminar completamente “el sello personal” al establecer una familia.

Lo que quiero expresar es que nadie debiera decir “es mi familia y yo manejo mi familia como quiero”; ninguno debiera atreverse a decir “es que yo manejo mi familia a mi manera, a mi estilo, conforme a como yo soy, y a como pienso”. Además de absurdo, equivale a enemistarse con Dios y altercar con El, al asumir tal actitud y enfoque de vida.

La familia no es proyecto absolutamente de invención e iniciativa humanas. Fue Dios quien tomo la iniciativa y afirmo que “No es bueno que el hombre esté solo”, a partir de lo cual formó a Eva tomando

de una costilla de Adán; indicando de esa manera la cercanía, intimidad y comunión que debía prevalecer en la pareja. Fue así que Dios mismo constituyó el matrimonio con la primera pareja humana.

Esto indica con toda claridad que el matrimonio es una institución absolutamente divina, cuyo fin fue proporcionar completamiento y felicidad a la humanidad.

Si respetamos esos propósitos y designios para la familia; si aprendemos a ver con solemnidad lo divino en la institucionalidad matrimonial y familiar, el fin está garantizado: Habrá bendición para la familia y para la sociedad.

La familia surge en la misma creación de Dios. El hombre creado a imagen y semejanza de Dios está llamado a vivir en comunidad de amor. Dios es la plenitud de un amor infinito; un amor que es vida, que crea la comunidad-amor. Dios es un amor que desborda, por lo tanto, es la fuente inagotable, profunda, transformadora del amor y de la vida.

Desde la resurrección de Jesucristo, la plenitud de la vida y del amor es nuestro horizonte. Participar del misterio de vida y amor de Dios es nuestra esperanza.

Nuestras familias son el modo más acabado de nuestra identidad, que nace del designio de Dios que nos ha creado a imagen y semejanza.

La familia vista desde la creación es el reflejo de la comunión de amor que es Dios mismo.

Quiso Dios, que en el centro de la creación surja la comunidad de amor y vida: un varón y una mujer llamados a ser un solo ser; llamados a ser fecundos; abiertos a una comunión en Dios, quien los capacita para ser fuente de amor y vida.

Pero sabemos bien que la familia está sometida

a múltiples amenazas y debe afrontar grandes dificultades para poder responder a la misión que implica su vocación.

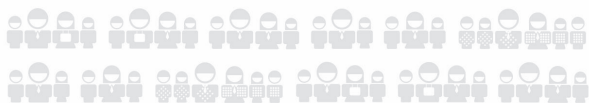
Hoy en día hay quienes consideran a la familia como algo obsoleto, que ya fue.

En los ámbitos sociales y políticos existen proyectos que enfrentan a la familia con el riesgo de la disolución. Los ámbitos de la economía, la educación y la sociedad están generando exclusión, individualismo y desintegración.

A través de la invasión que generan los medios de comunicación social se han generado situaciones adversas y límites profundos en el mismo seno familiar: la incapacidad para el amor y el sacrificio, el miedo al sufrimiento, impidiendo la apertura y la entrega al otro, la inestabilidad afectivo-emocional que impide la fidelidad en el ámbito matrimonial.

Pero, a pesar de todo esto, y de mucho más que podríamos describir, estamos dando nuestras capacidades, nuestro tiempo, la vida por la familia, esperanza de nuestro continente y del mundo entero.

Una palabra final



Nuestra época tiene necesidad de sabiduría

El matrimonio y la familia como derivado, es algo que merece todo nuestro respeto. La familia viene a ser en un sentido, como la primera iglesia para el ser humano. Y es ahí, en ese contexto, donde debiera transmitirse y enseñarse responsablemente los valores eternos y el temor de Dios.

El humano ha olvidado este fundamento elemental para su bienestar y preservación. El humano echó fuera a Dios, quien es el autor, diseñador y preservador de la familia. Ante este paso tan riesgoso, lo que queda es una humanidad débil y tambaleante, incapaz de sostenerse ante los embates del pecado y la autodestrucción.

Se plantea así a toda la Iglesia el deber de una reflexión y de un compromiso profundo, para que la nueva cultura que está emergiendo sea íntimamente evangelizada, se reconozcan los verdaderos valores, se defiendan los derechos del hombre y de la mujer y se promueva la justicia en las estructuras mismas de la sociedad. De este modo el “nuevo humanismo” no apartará a los hombres de su relación con Dios, sino que los conducirá a ella de manera más plena.

Démonos prisa, si es que todavía queda tiempo, y dediquémonos por entero a asumir los roles asignados

por Dios en la familia. Libremos a nuestros hijos del total caos y total desconcierto moral y espiritual.

Volvamos a la familia. Volvamos al hogar... Por el bien no solo nuestro, en lo particular, sino ¡por el bien de toda la humanidad!

